

ATLAS  
HISTÓRICO DE LA  
CIUDAD DE  
CHIHUAHUA

CARLOS GONZÁLEZ HERRERA  
*Coordinador*

CHANTAL CRAMAUSSEL  
JESÚS VARGAS VALDÉS  
SALVADOR ÁLVAREZ  
ALONSO DOMÍNGUEZ RASCÓN



# ORÍGENES DE LA CIUDAD DE CHIHUAHUA

Chantal Cramaussel

## EL PRIMER POBLAMIENTO

Desde principios del siglo XVII, los españoles, para dirigirse al Nuevo México, atravesaban la cuenca del río Chuvíscar por un sitio donde más de un siglo después se fundaría la villa de Chihuahua. A toda esa zona alrededor del vado por donde pasaba el camino que iba al Nuevo México se le llamaba "Chihuahua" en el siglo XVII. La etimología del nombre quizá provenga del náhuatl y signifique "lugar seco y arenoso". El sitio conocido como Tabalaopa, por su parte, se menciona ya en 1619, fecha en que los conquistadores fueron tras los indios que habían participado en la rebelión tepehuana. Tabalaopa era un pueblo de indios que visitaban los franciscanos de Santa Isabel en la segunda mitad del siglo.

Como en casi todo el norte novohispano, la región de Chihuahua se comenzó a "poblar con ganado". A mediados del siglo XVII, hacendados provenientes de Parral y del Valle de San Bartolomé, los mayores asentamientos de la Nueva Vizcaya de aquel entonces, dejaron a cargo de algunos vaqueros ganado menor y mayor con la intención de que se reprodujera solo, y únicamente iban a marcarlo una vez al año, cuando la Iglesia cobraba el diezmo.

De las reses, aparte de las menudencias y la carne, se aprovechaban los cueros para cubrir la superficie donde se dormía. Con los cueros se fabricaban también tenates para cargar el mineral de plata o para hacer bolsas, pero la mayor parte se vendía a los comerciantes que trajinaban desde la Nueva España, donde se confeccionaban huaraches y demás artículos de uso cotidiano. En la época colonial no hay mención de vestimenta hecha de cuero, parecería más bien que fueron los indios los primeros en utilizarlo para confeccionar sus prendas de vestir.

Cuando las minas de Parral, abiertas en 1631, comenzaron a decaer en los años ochenta, varios fueron los mineros que se trasladaron con sus sirvientes, por el camino de Sonora, hacia las recién descubiertas minas de Cusihiuriachi (ahora cerca de Ciudad Cuauhtémoc). Entre Cusihiuriachi y Chihuahua se conformó durante la segunda mitad del siglo XVII una hilera de misiones de indios que alternaban con ranchos de españoles y pequeños reales de minas. Se conectó así el camino de Sonora que pasaba por Cusihiuriachi con el del Nuevo México que atravesaba la región de Chihuahua, quedando como principales puntos intermedios Coyachi, La Cieneguilla, Carretas (ahora Gran Morelos) y Santa Isabel.

Posteriormente, cuando los yacimientos metalíferos superficiales de Cusihuiriachi mostraron las primeras señales de agotamiento, los mineros comenzaron a prospectar en toda la región aledaña hasta la cuenca del Chuvíscar con la intención de descubrir la veta que los hiciera ricos de la noche a la mañana.

Dos rebeliones que provocaron que se despoblara una parte de los asentamientos coloniales del septentrión novohispano, la de los indios del alto río Bravo y la de los indios pimas de Sonora, contribuyeron también al surgimiento de Chihuahua. En 1680 los indios pueblo expulsaron a los españoles del alto río Bravo, obligándolos a refugiarse en El Paso, pero no todos se quedaron allí, varios de ellos se dirigieron hacia el sur y se asentaron en la Nueva Vizcaya. Lo mismo hicieron otros colonos más, originarios esta vez de Sonora, cuando se alzaron los indios pimas. La movilidad de los pocos españoles que poblaban el norte era muy grande y se desplazaban con mucha facilidad de una región a otra. La mayoría de los antiguos colonos del Nuevo México y de Sonora se establecieron primero en las minas en auge de Cusihuiriachi, el real más pujante de la Nueva Vizcaya hacia 1690.

En la cuenca del Chuvíscar, mientras tanto, crecían las haciendas donde se seguía criando ganado, aunque los españoles también comenzaron a sembrar maíz y trigo cuando asentaron en ellas a sus indios de servicio. Para administrar a los sirvientes de las haciendas, los franciscanos erigieron en misión, en 1697, Nombre de Dios, asentamiento indígena situado en el vado del camino hacia el Nuevo México, que había sido visita de Santa Isabel, al igual que Tabalaopa. San Cristóbal de Nombre de Dios tenía a su vez dos visitas: al oeste estaba San Antonio de Chuvíscar (que se segregó también de Santa Isabel) y San Juan del Norte, sobre el río Sacramento. En 1707, año del descubrimiento de Santa Eulalia, se fundó la misión de San Jerónimo (hoy Villa Aldama). Los indios de la feligresía provenían de la provincia de Santa Bárbara y había también indios conchos y tarahumaras locales, así como apaches reducidos a la esclavitud. En un principio había indios en cantidad suficiente para abastecer de mano de obra a las haciendas.



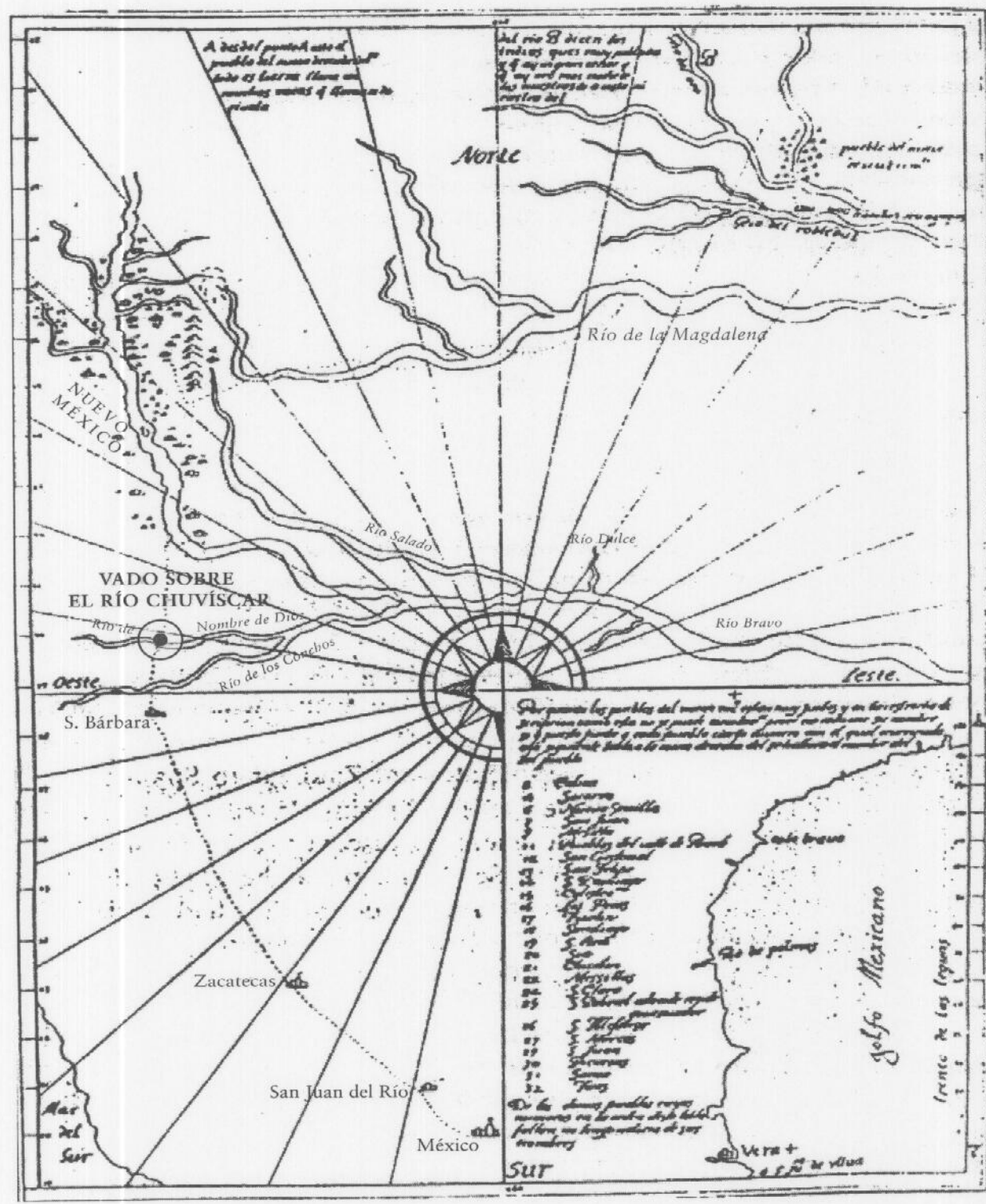
#### INDIO DEL PARRAL A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII

Esta pintura de principios del siglo XVIII muestra la fiera que se atribuía en general a los indios del septentrión novohispano, llamados en bloque "chichimecas". Estos indios se caracterizaban por su desnudez y por su hábil manejo del arco y las flechas. Nótese la larga cabellera de este personaje, la pluma en su cabeza y la pintura con que se adornó el rostro. Pintura publicada en la portada del libro de Chantal Cramaussel, *Poblar la frontera*.

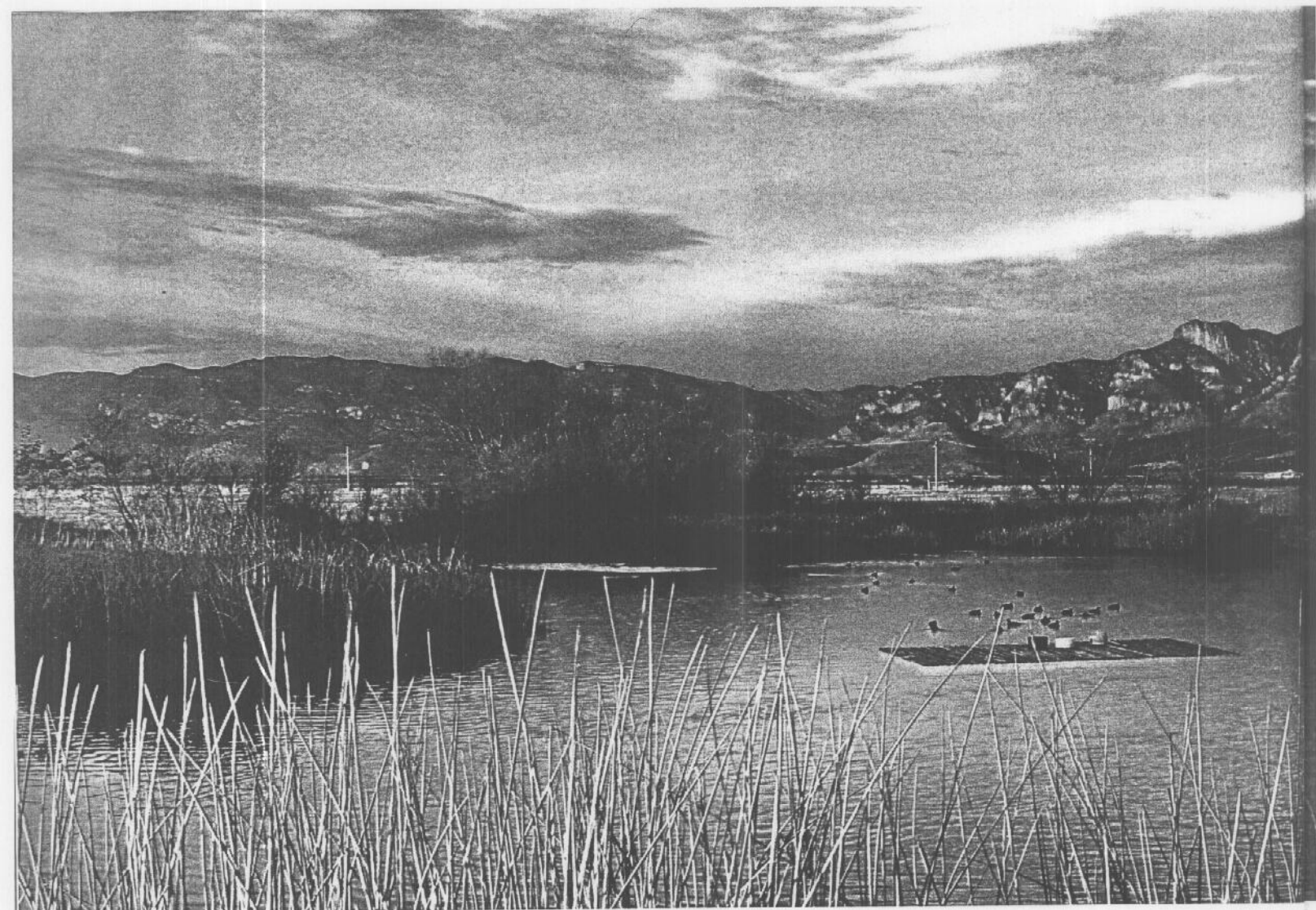
*La provincia de Santa Bárbara durante los siglos XVI y XVII*, Zamora,

El Colegio de Michoacán, 2006.

# MAPA DE 1601



El sitio en el que se fundó la villa de San Felipe El Real de Chihuahua en 1718 quedaba inmediato al vado por donde cruzaban el río de Nombre de Dios los viajeros que se dirigían al Nuevo México.



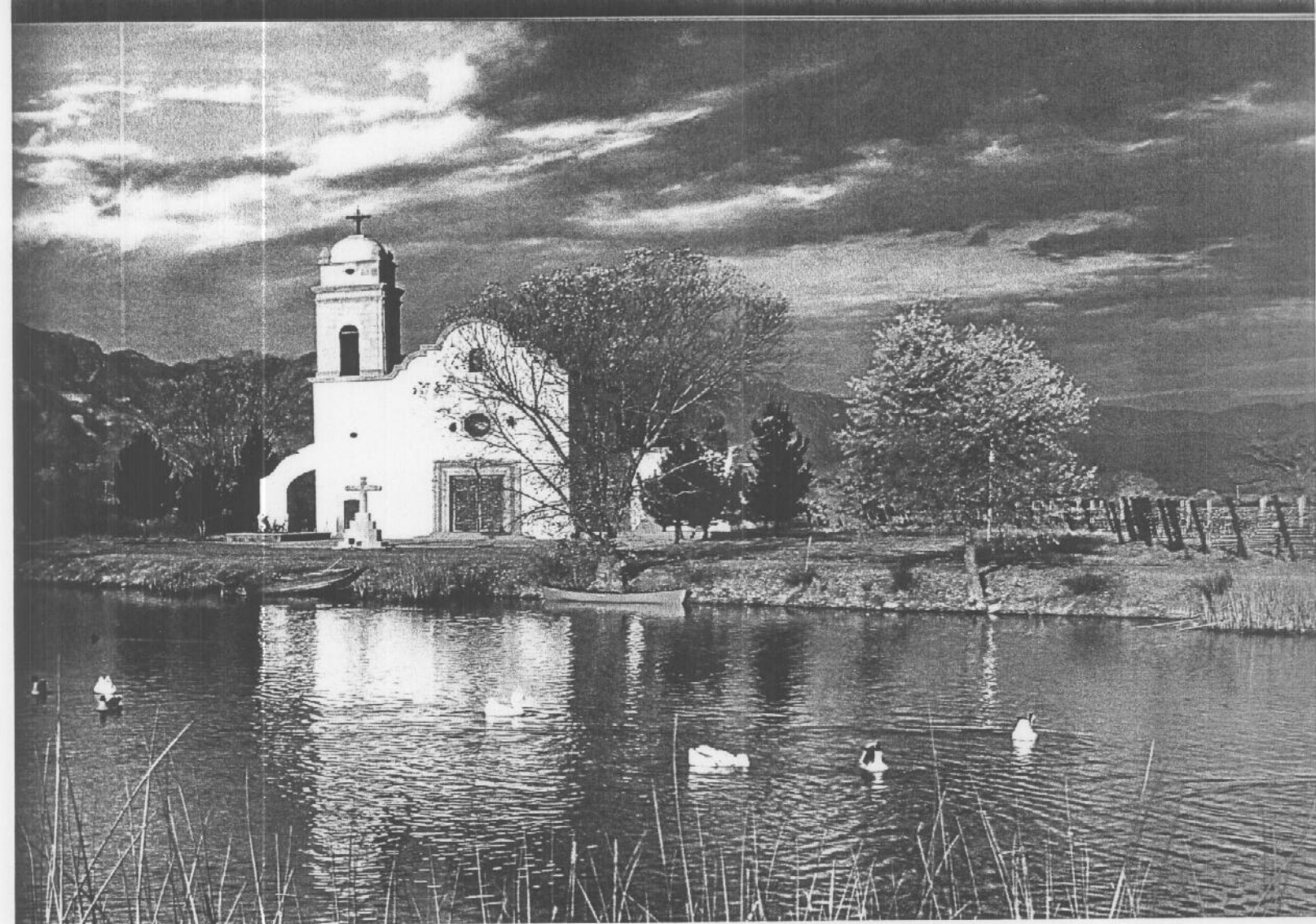
## LAS HACIENDAS FUNDADORAS DE LA JURISDICCIÓN DE CHIHUAHUA

En el año de 1676, Domingo de Apresa Falcón, un poderoso hacendado de Parral, se trasladó hasta el llamado "nuevo descubrimiento de Chihuahua" para redenciar el sitio y plantar la primera casa fuerte de lo que más tarde sería la hacienda de Santo Domingo de Tabalaopa. Tan serio era el intento de Apresa por poblar y dominar esa zona, que entre 1678 y 1690 su sobrino, Benito Pérez de Rivera, denunció otro medio centenar de sitios de ganado mayor (equivalentes a 1 755.6 hectáreas cada uno), sobre terrenos en donde luego aparecerían la hacienda del Sauz y el primer segmento de la de San Juan Bautista de Encinillas. La presencia de

Apresa fue clave, pues bajo su sombra protectora otros hacendados, también del sur, llegaron para instalarse de manera duradera. Uno de ellos fue Blas Cano de los Ríos, un minero de Minas Nuevas (hoy Villa Escobedo, cerca de Parral) que en 1696 adquirió una merced de más de cien sitios de ganado mayor en lo que sería después la hacienda de Sacramento.

Las de Apresa y Cano de los Ríos fueron, entonces, haciendas agrícolas que nacieron grandes y que tan pronto como les fue posible derivaron su actividad hacia la minería. Fue el caso, justamente, de Tabalaopa, cuyos operarios, para 1707, se hallaban ya registrando minas por toda la región. Esta actividad minera no

fue ajena a la fundación, en 1709, del real de San Francisco de Cuéllar, hecho que acrecentó aún más el poderío de los Apresa. Así, ese mismo año, María de Apresa Ibarra (hija de Domingo) obtuvo una merced de cincuenta sitios de ganado mayor, la cual amparaba tanto las tierras de Tabalaopa como aquellas que conformarían la hacienda de Dolores. Entretanto, más y más hacendados llegaban a instalarse en la región de Chihuahua. En 1715, otro poderoso hacendado, aunque éste de Cusihuirachi, Juan Antonio de Trasviña y Retes, instaló una gran hacienda de beneficio a orillas del río Chuvíscar, llamada Nuestra Señora de la Regla, y durante los dos años siguientes denunció los sitios



Salvador Álvarez



donde levantaría sus haciendas de Mápula y San Marcos.

De esta manera, para cuando se creó la villa de San Felipe El Real de Chihuahua, en 1709, gran parte de las tierras en derredor de su traza original se hallaban ya ocupadas por haciendas. Por si fuera poco, en 1717 se había creado allí un nuevo Colegio de la Compañía de Jesús, cuyo edificio y huertas quedaron también contiguos a San Felipe. De hecho, la de Chihuahua no fue solamente una villa que nació rodeada de haciendas, sino que su poblamiento e incluso el de la región entera, estuvo íntimamente correlacionado con la aparición de más y más de estas unidades. Así, casi al tiempo de la fundación fueron

creadas muy cerca de allí haciendas como las de Guadalupe, Los Fresnos y Chuvíscar, y un poco más tarde, hacia 1740, la de Guadalupe del Torreón. La mayoría de ellas eran de las llamadas "haciendas gruesas", con extensiones por encima de los veinte sitios de ganado mayor, todas con tierras agrícolas, riego, extensos pastizales y numerosos peones, y muchas, incluso, con minerales en su interior. Luego, algunas de esas haciendas se convirtieron en grandes latifundios, como fue el caso del que dependió del colegio jesuita local, el cual, para el momento de la expulsión, comprendía las haciendas de Tabalaopa, Dolores, Mápula, La Ciénega, San Marcos, Rancho Viejo y Labor de Loreto, con una

extensión total calculada en alrededor de 105 sitios de ganado mayor. Ni qué decir tampoco del latifundio de Encinillas, el cual incluyó a las haciendas de Sacramento y Aguanueva (por citar solamente las principales), con una extensión de más de doscientos sitios de ganado mayor (351 120 hectáreas)\* titulados, sin contar las demasías. Era tan grande que, hacia 1780, se afirmaba que medía más de 80 leguas de largo (más de 320 km) y que albergaba no menos de 100 000 cabezas de ganado. En el siglo XIX este latifundio crecería aún más.

\* Vale decir que para la época colonial, doscientos sitios de ganado mayor titulados representaban una extensión más que considerable.

Unos indios del Nuevo México descubrieron las vetas que darían origen al primer real de Chihuahua, llamado de Santa Eulalia (hoy Aquiles Serdán) en 1707. Dos años después, del otro lado del río Sacramento se fundó el centro minero de San Francisco de Cuéllar, nombrado así en honor del marqués de Cuéllar, a la sazón virrey de la Nueva España. San Francisco tenía su propia iglesia, llamada Nuestra Señora de la Estrella, probablemente en las inmediaciones del cerro que todavía hoy en la ciudad de Chihuahua tiene el mismo nombre. Una vez localizados los primeros yacimientos, en Chihuahua, como en todo el septentrión, el surgimiento de nuevos centros mineros obedeció a dos premisas indispensables: la presencia de indios que podían ser incorporados a las estancias de los españoles y la existencia de redes de intercambio con los gentiles, que aseguraban el abasto de alimentos. Estas condiciones ya estaban reunidas a principios del siglo XVIII en la cuenca del Chuvísar.



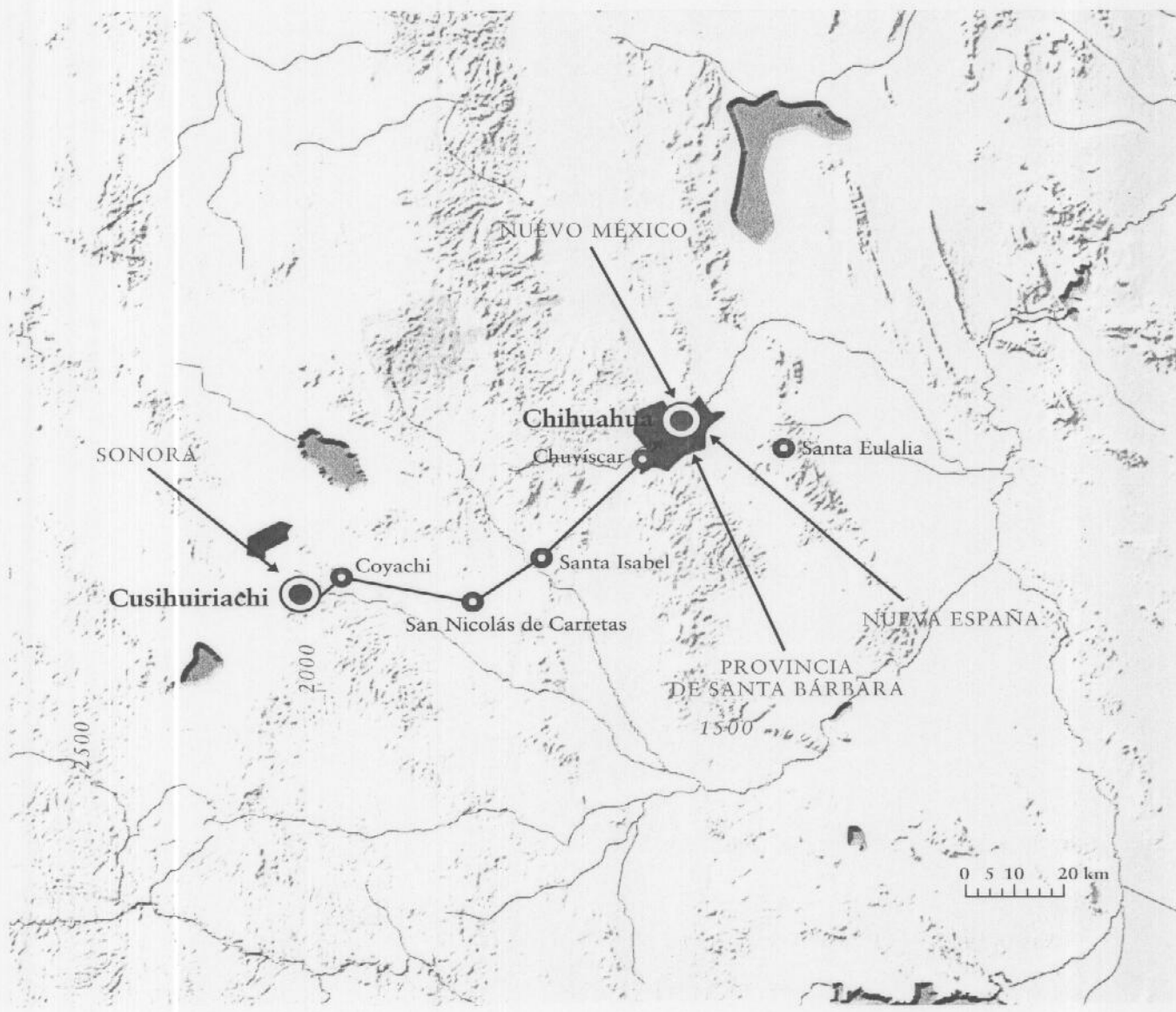
#### DE LO COTIDIANO

Las ánforas eran un adorno típico de los patios centrales de las casas chihuahuenses. Los vestigios del Chihuahua antiguo nos asombran por su sencilla belleza. También nos recuerdan que la vida era muy frágil y el futuro incierto.

Varios de los primeros mineros avecindados en Santa Eulalia y San Francisco eran al mismo tiempo propietarios de antiguas haciendas agro-ganaderas fundadas décadas antes en la zona. Las misiones proveían a los españoles de mano de obra y de alimentos. Los colonizadores estaban muy esperanzados con el porvenir de las minas, pues los recursos boscosos de la zona parecían inagotables. La disponibilidad de leña era muy importante, para la vida cotidiana desde luego, pero también para el beneficio de la plata, ya que la mayor parte del mineral se extraía por fundición, e incluso cuando se aplicaba el método de amalgamación con mercurio se tenían que calentar los cazos para acelerar el proceso. Otro elemento imprescindible era el agua, porque permitía reducir los costos de refinación de la plata, pues en lugar de mulas se utilizaba la fuerza motriz que proporcionaba la corriente. Por ese motivo, a la vera de los ríos Chuvísar y Sacramento se establecieron las principales haciendas de beneficio.

Pero el crecimiento demográfico de la región de Chihuahua fue lento, incluso después del descubrimiento de Santa Eulalia y San Francisco de Cuéllar. Tardó unos quince años más en densificarse la población. En 1712 todavía no contaba la zona con más de 2 500 personas, y la mitad de ellas eran indios que habitaban las haciendas, a veces muy distantes, como Encinillas, a más de 200 kilómetros. La quinta parte de la población radicaba entonces en Santa Eulalia, los demás vecinos estaban en San Francisco y diseminados en la llanura, a lo largo de los ríos. En el transcurso de los años siguientes llegaron poco a poco a probar suerte vecinos de otros poblados de la Nueva Vizcaya, y al aumentar el número de habitantes arribó todavía más gente, pero ahora de más lejos. A los vecinos de la provincia de Santa Bárbara y de Cusihuirachi se sumaron pobladores de Sonora, de la región de Durango y algunos aventureros, así como mineros y comerciantes de la Nueva España, de México y de Puebla, las dos ciudades del virreinato con mayor cantidad de habitantes.

# ORIGEN DE LOS POBLADORES ESPAÑOLES, MESTIZOS Y MULATOS



Los primeros pobladores no indios de la villa de San Felipe llegaron de la provincia de Santa Bárbara, de Cusihuiriachi y de Sonora a principios del siglo XVIII. Posteriormente arribaron personas originarias de la Nueva Vizcaya, de la Nueva Galicia y de la Nueva España.

## EL AUGE (1718-1750)

Cuando el vecindario alcanzó una población de 9 000 personas, las autoridades locales pidieron que se creara una villa, llamada San Felipe El Real de Chihuahua en honor de Felipe IV, el soberano español de aquel entonces. Tendría la villa su propio cabildo, que representaría a los hacendados locales, y a un corregidor urbano nombrado directamente por el virrey de la Nueva España. Las autoridades novohispanas pensaron que con la erección de Chihuahua en villa en 1718, irían a radicarse allí todos los vagos que pululaban en las ciudades del centro del virreinato.

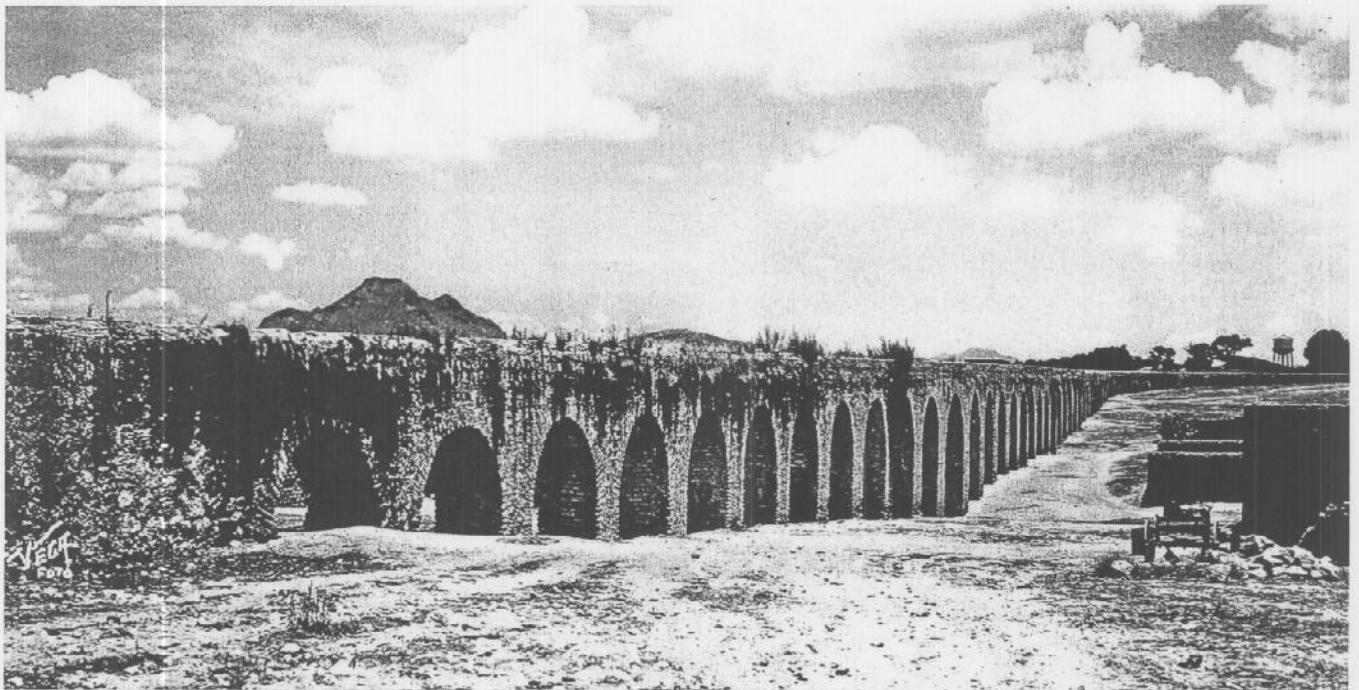
### EL ACUEDUCTO

La construcción del acueducto de Chihuahua tardó medio siglo en concluirse. Su edificación en 1790 permitió solucionar la escasez de agua potable que padecía la villa, pues el río estaba contaminado por el mercurio que arrojaban en la corriente las plantas de beneficio de las haciendas mineras. FINAH-CH.

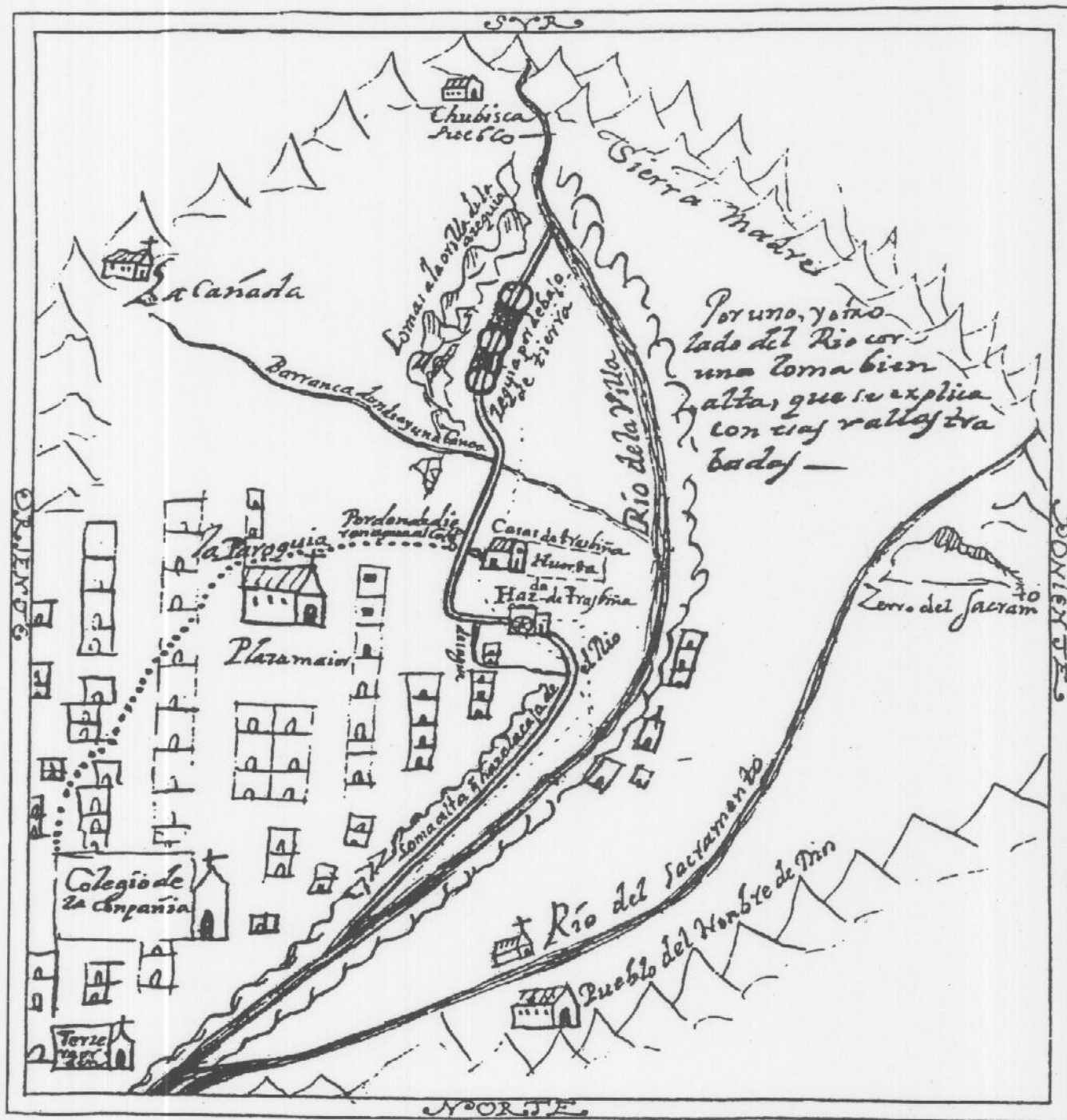
Pero pronto llegaron a establecerse también en la nueva villa los más ricos y poderosos del septentrión. Entre ellos el gobernador de la Nueva Vizcaya, quien contravino la legislación en vigor, pues era en Durango, sede de la gobernación, donde tendría que residir. Pero los anteriores gobernadores habían hecho lo mismo, en lugar de habitar en Durango se establecieron en Parral desde el descubrimiento de sus minas, en 1631. La misma suerte correría Chihuahua desde los años treinta hasta 1761, fecha en que el gobernador volvió a radicar en Durango. Se habían

acostumbrado ya los gobernadores de la provincia a estar en el lugar de mayor auge económico.

Fue muy probablemente al erigirse Chihuahua en villa que se hizo la primera traza urbana. Esta traza no pudo seguir los cánones del urbanismo en damero porque el acueducto que conducía el agua a la huerta de los jesuitas impedía el crecimiento de la villa hacia el este, la caja del río lo limitaba al oeste, y al norte la hacienda de Trasviña y Retes ocupaba la mayor parte del espacio, además de contaminar el agua del río con el



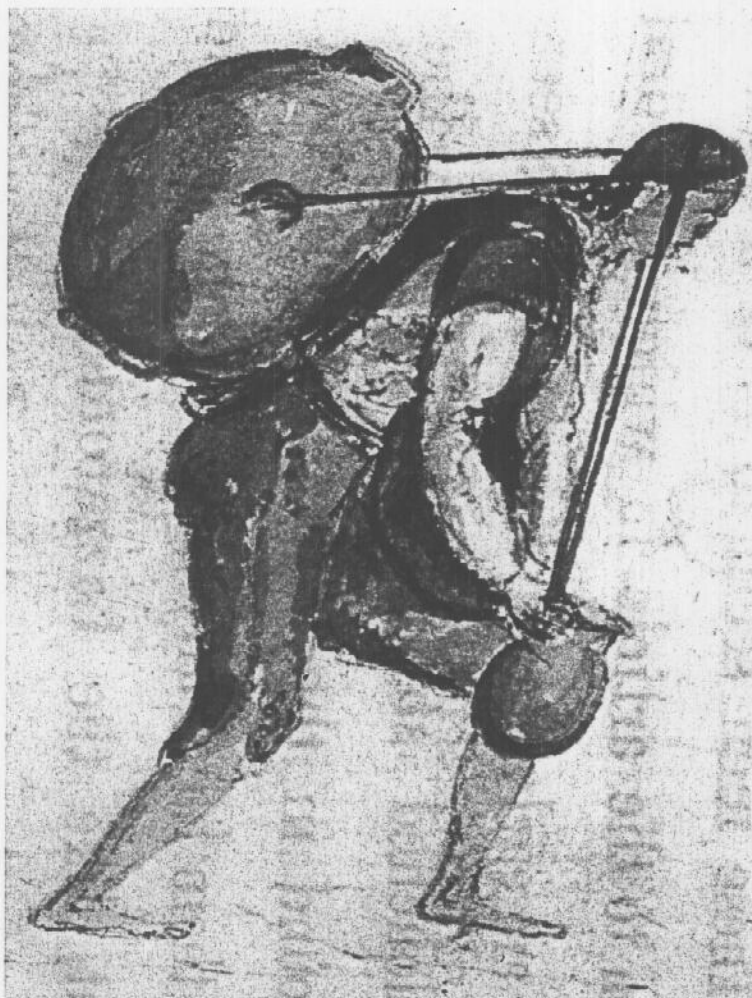
CHIHUAHUA EN 1722



Este mapa fue encontrado en 1989 en la Biblioteca Pública de Guadalajara (Real Audiencia, Ramo Civil, 58-4-733), y forma parte de un juicio sobre el abasto de agua en Chihuahua. La Audiencia de Guadalajara era un tribunal superior que tenía jurisdicción sobre el reparto de tierras y aguas en la Nueva Vizcaya.

### AGUADOR

Los vecinos con dinero suficiente recurrían a los aguadores, cuyo oficio consistía en ir por el vital líquido río arriba y luego venderlo de puerta en puerta. "Cargador de agua", William Eullock, 1823, *Viajeros europeos del siglo XIX en México*, México, Fomento Cultural Banamex, 1996, p. 120, ilustración núm. 85. FINAH-CH (F-43. sig.).



## CHIHUAHUA EN EL CONTEXTO MINERO NOVOHISPANO

Para cuando Chihuahua apareció como una gran región productora de plata, la Nueva Vizcaya salía de una etapa turbulenta en el ámbito minero. Habiendo alcanzado hacia 1678 su momento de mayor auge, con una producción que había llegado a ser del orden de los 200 000 marcos de plata (1 625 000 pesos), para 1686 Parral se había visto envuelto en una borrasca minera que arrastró a la producción de la Nueva Vizcaya. Ese año se produjeron solamente 13 000 marcos en toda la provincia, y no fue sino hasta 1699 que la producción argentífera neovizcaína logró levantarse hasta el nivel de los 93 000 marcos, gracias sobre todo a Cusuhiriachi. Más tarde, en

1710, cuando la plata de San Francisco de Cuéllar y Santa Eulalia juntos se hace presente por primera vez, la producción de la Nueva Vizcaya da un verdadero salto, colocándose en los 199 000 marcos, para pasar a los 162 000 marcos en 1713 y regresar de nuevo al nivel de los 102 000 marcos en 1715. Es claro, entonces, que la apertura de las minas de Santa Eulalia, con sus metales superficiales y ricos, dio origen a una fuerte, aunque todavía inestable bonanza, que elevó la producción global de la provincia.

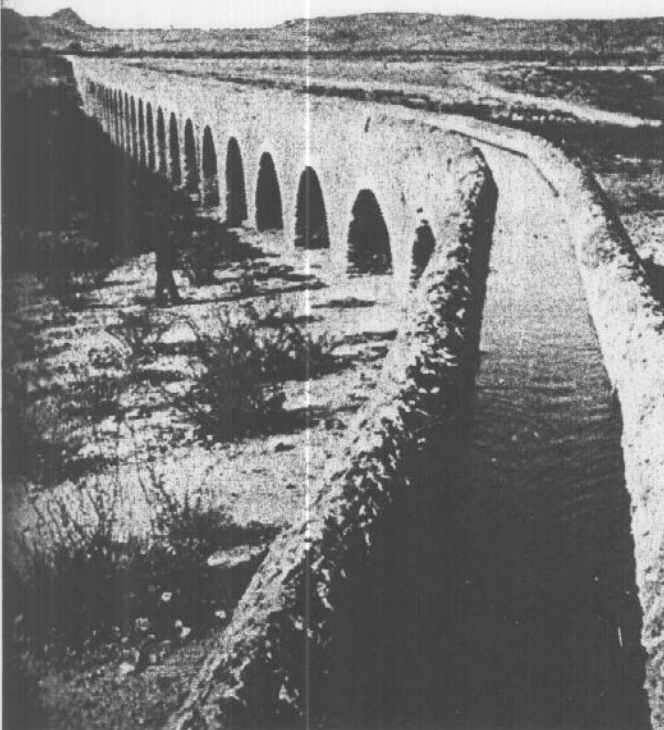
Desafortunadamente, por el momento no contamos con cifras que nos permitan estimar, ni menos seguir, la producción argentífera de Chihuahua entre 1715 y

1761. Sin embargo, es claro que su plata estaba muy lejos de representar, como se ha dicho, "un cuarto" de la producción total de la Nueva España. De hecho, la Nueva Vizcaya, con todo y Chihuahua, siempre fue una "potencia platera" de segundo orden al nivel del virreinato. Puede estimarse, por ejemplo, que para el periodo 1714-1715, la producción total de la Nueva Vizcaya con todo y Chihuahua, representaba solamente un tercio de la que salía, en ese momento, de la gobernación de la Nueva España. Pero recordemos también que esa caja reunía la producción de numerosos minerales, algunos de ellos ricos y muy bien abastecidos en mano de obra, como Taxco, Sultepec, Pachuca

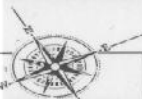
mercurio de su hacienda de beneficio de plata. El problema de la gente de menos recursos en San Felipe era cómo procurarse agua en cantidad suficiente para sus necesidades domésticas, pues sólo los ricos contaban con un pozo. A finales del siglo XVIII se construyó finalmente un acueducto y se colocaron pilas en las plazas para remediar la falta de agua limpia.

Sin embargo, Chihuahua no era una ciudad agradable. El aire estaba muy contaminado por el óxido de carbono de los múltiples fuelles y haciendas de fundición, de modo que, al igual que en Parral, los grandes comerciantes, si bien abrían una tienda en el real para fomentar su negocio, preferían comprar una hacienda agrícola o ganadera con el fin de diversificar sus actividades y residir en ella para respirar un aire más sano. A finales de la centuria, las más importantes haciendas de la jurisdicción eran Los Fresnos, El Torreón, Encinillas y Tabalaopa, esta última había pertenecido a los jesuitas.

Con el auge de la villa durante la segunda década del siglo ya no alcanzaron los indios de las haciendas locales para cubrir las necesidades de mano de obra de los mineros, de modo que los colonizadores tuvieron que recurrir a una mayor cantidad de apaches reducidos a la esclavitud y a los indios de repartimiento del bajo río Conchos y de la Junta de los Ríos, así como a los sonoras de la Pimería y sobre todo a los yaquis.



Salvador Álvarez



y otros más, lo cual bien puede explicar la diferencia en el monto de producción. No obstante lo anterior, un distrito minero joven como Chihuahua, que de pronto pudo llegar a producir cantidades del orden de los 100 000 marcos anuales, no era tampoco nada despreciable. Esto nos habla de un distrito minero de una talla similar, por ejemplo, a la que tuvo Parral hacia la década de 1640, cuando inició su primer auge.

Hay indicadores que avalan esta comparación. Entre 1707 y 1716, por ejemplo, se pueden contabilizar 368 denuncias mineras en la zona de Chihuahua, un número cercano al que encontramos en el Parral de los primeros

años, con una población de mineros similar también: alrededor de 500, con cerca de 20 000 habitantes en total. Dada la falta de cifras, es imposible determinar qué tanto creció la producción del distrito de Chihuahua durante las décadas de 1720 y 1730, pero si nos guiáramos por la manera como evolucionó Parral y por indicadores como el número de pobladores, por ejemplo, podríamos pensar en un crecimiento del orden de hasta un 50% en la producción de plata durante la década siguiente, lo cual la colocaría en alrededor de 150 000 o hasta 200 000 marcos anuales, siendo muy optimistas. Aunque semejantes cifras siguen dejando a Chihuahua y a la Nueva Vizcaya muy

por detrás de sus contrapartes de la Nueva España central, se trata de sumas considerables, las cuales nos hablan de lo intensa que fue la actividad minera en la región a lo largo de esos años. La apertura de más de trescientos denuncias mineras de todas tallas, diseminados desde Nombre de Dios, Tabalaopa y San Francisco de Cuéllar hasta Santa Eulalia y más allá, en menos de dos décadas, es testimonio de ello. Sin embargo, este fenómeno sólo se explica por el hecho de que se trataba de una región que, mucho antes de ser minera, había vivido un largo periodo de poblamiento agrícola, dentro del cual las grandes haciendas de los primeros tiempos desempeñaron un papel fundamental.

Los yaquis eran tan numerosos que conformaron un barrio entero, con su propia capilla donde se erige ahora el santuario de Guadalupe, el cual conserva el nombre original del antiguo asentamiento yaqui de la villa de San Felipe El Real de Chihuahua.

Durante el auge minero, Chihuahua adquirió una fisonomía cada vez más urbana porque se construyeron edificios de importancia en su centro. Se edificó una nueva iglesia parroquial que pudiera albergar al entonces numeroso vecindario; se dice que la jurisdicción de Chihuahua tuvo hasta 25 000 habitantes en los años treinta.

Pero la prosperidad minera de Chihuahua duró a la sumo tres décadas, un poco menos que en Parral, un poco más que en Cusihuiriachi. En los años cuarenta la producción de plata comenzó a declinar, mientras que, por otro lado, se recrudecían las hostilidades con los indios. Se trataba de un círculo vicioso: cuando la ley de la plata disminuía, los vecinos se iban y los indios locales aprovechaban para rebelarse o para huir, mientras que los gentiles atacaban a los mercaderes que transportaban ropa y alimentos destina-

#### INDIOS APACHES

Muchos indios llamados "de rescate", es decir que habían sido comprados a otros indios cuando se encontraban ya en estado de cautiverio, en realidad habían sido apresados durante las hostilidades "a fuego y sangre" que organizaban los españoles contra los indios rebeldes de las llanuras.

El cuadro, de los años ochenta del siglo XVIII, obra del pintor novohispano Ramón Torres, fue publicado en *New World Orders. Casta Painting and Colonial Latin America*, Ilona Katzew (ed.), Nueva York, Americas Society Art Gallery, 1996, núm. 24.



Indios apachis.

16.

Torres fecit.



#### NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

La primera construcción databa de 1792 y se situaba en el centro del poblado de los yaquis. Debido a que éstos estaban incorporados a las haciendas, el clero secular se encargaba de su administración espiritual. AHMCH.

dos a las minas. Ante el peligro, dejaban de llegar los tratantes y se paralizaba la actividad mercantil que le daba vida al real. A todos esos problemas se sumaba el temible efecto de las epidemias, recurrentes en la época colonial. La viruela, en 1728, mermó al vecindario, pero el matlazáhuatl o tifo de 1739 fue todavía más devastador.

Por otra parte, en los años cuarenta se descubrieron nuevos yacimientos en la sierra y volvieron a activarse minerales como el de Batopilas y otros más en la vertiente occidental de la Sierra Madre que atraían a una cantidad creciente de pobladores. Los indios yaquis que se rebelaron en aquella época fueron destinados después a esos minerales del oeste de la sierra, más cercanos a su tierra de origen.

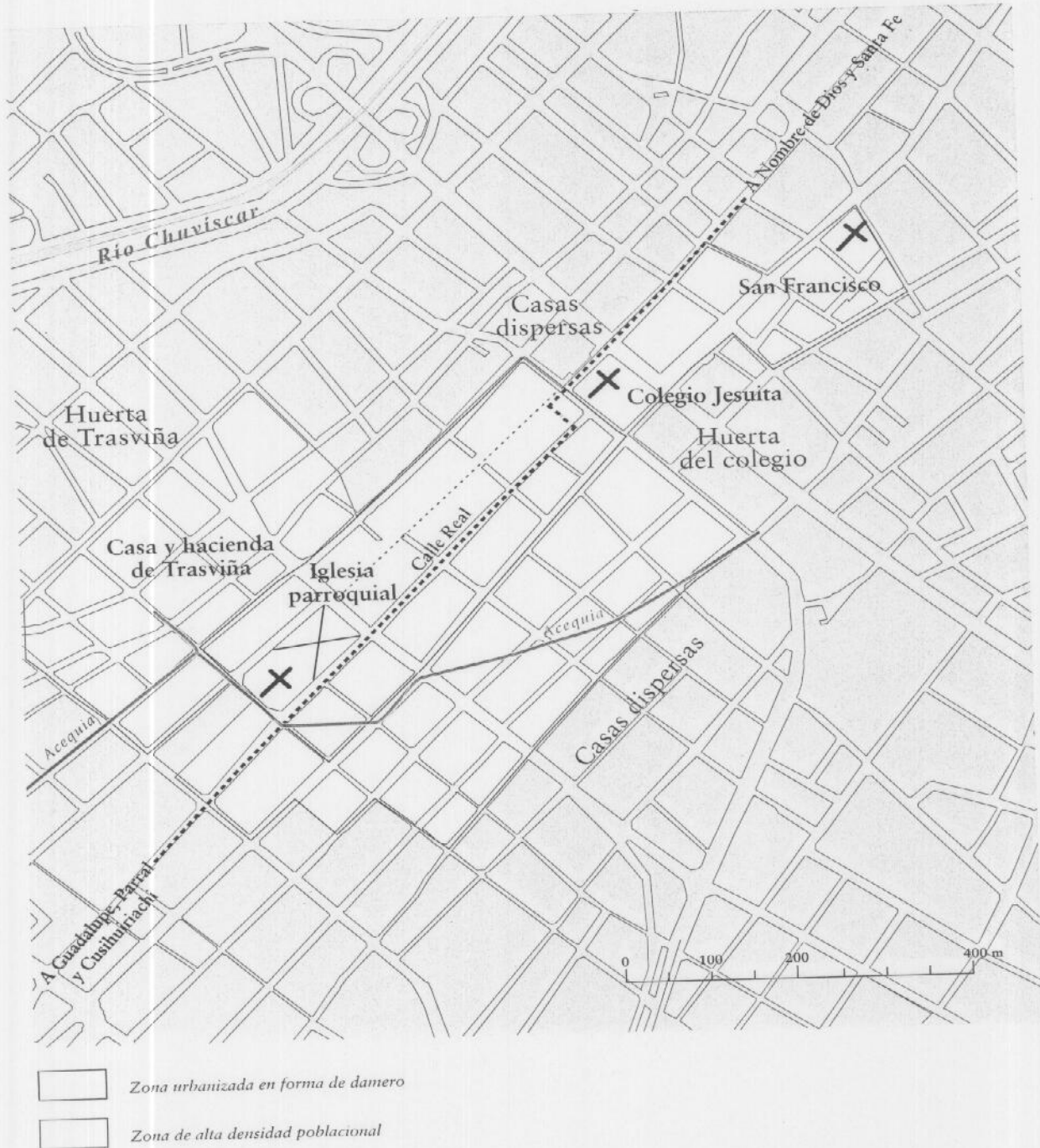


#### LA IGLESIA PARROQUIAL

La iglesia primitiva de Nuestra Señora de la Regla fue erigida en 1714 bajo los auspicios de Antonio de Traviña y Retes y su suegro, Bartolomé Ortiz de Campos. En 1726 se comenzó a edificar otro templo más amplio que pudiera contener al crecido vecindario. Esta segunda iglesia fue concluida a mediados del siglo y restaurada en 1790. BCW.

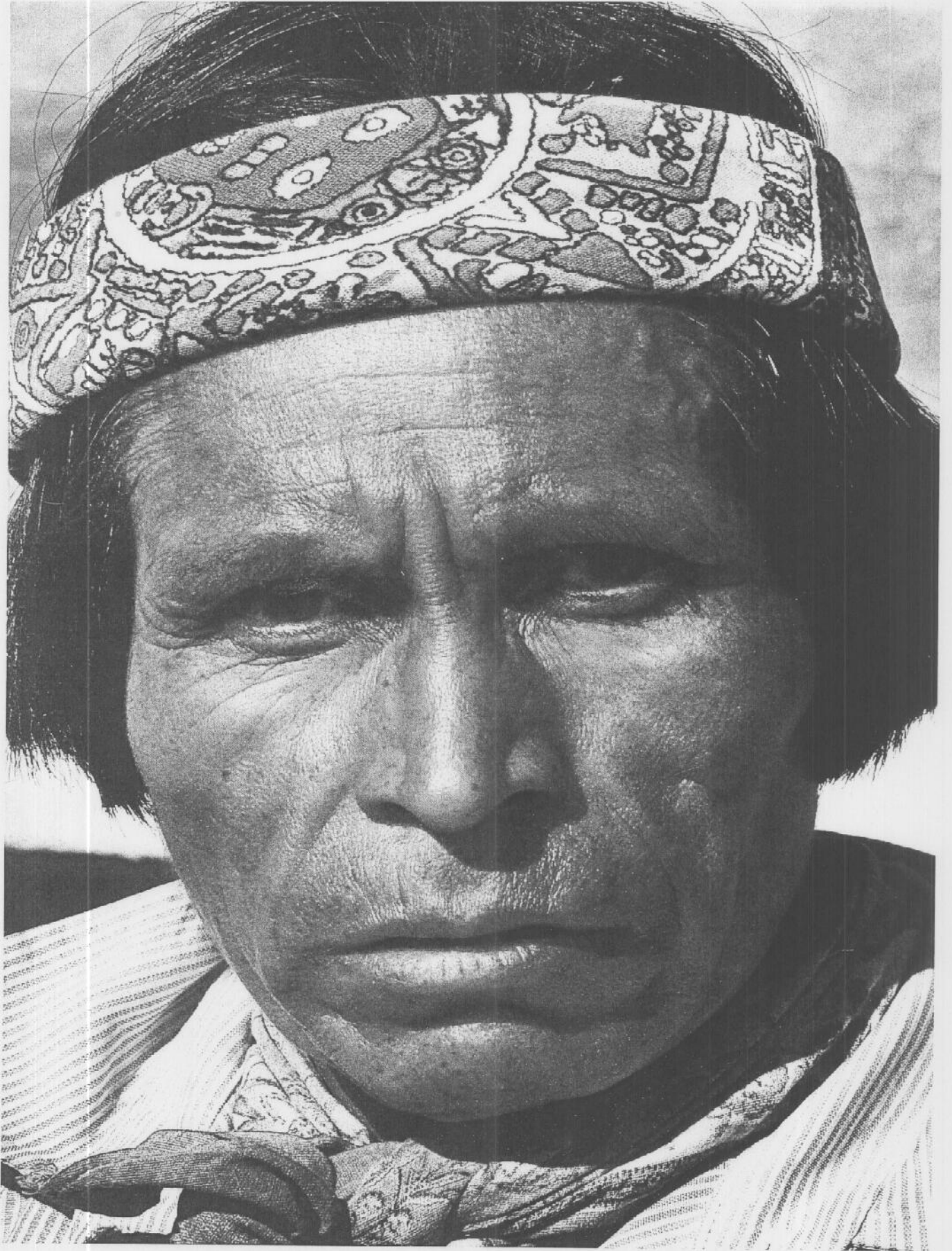


## EXTENSIÓN APROXIMADA, EN UN PLANO ACTUAL, DE LA VILLA DE SAN FELIPE EL REAL DE CHIHUAHUA

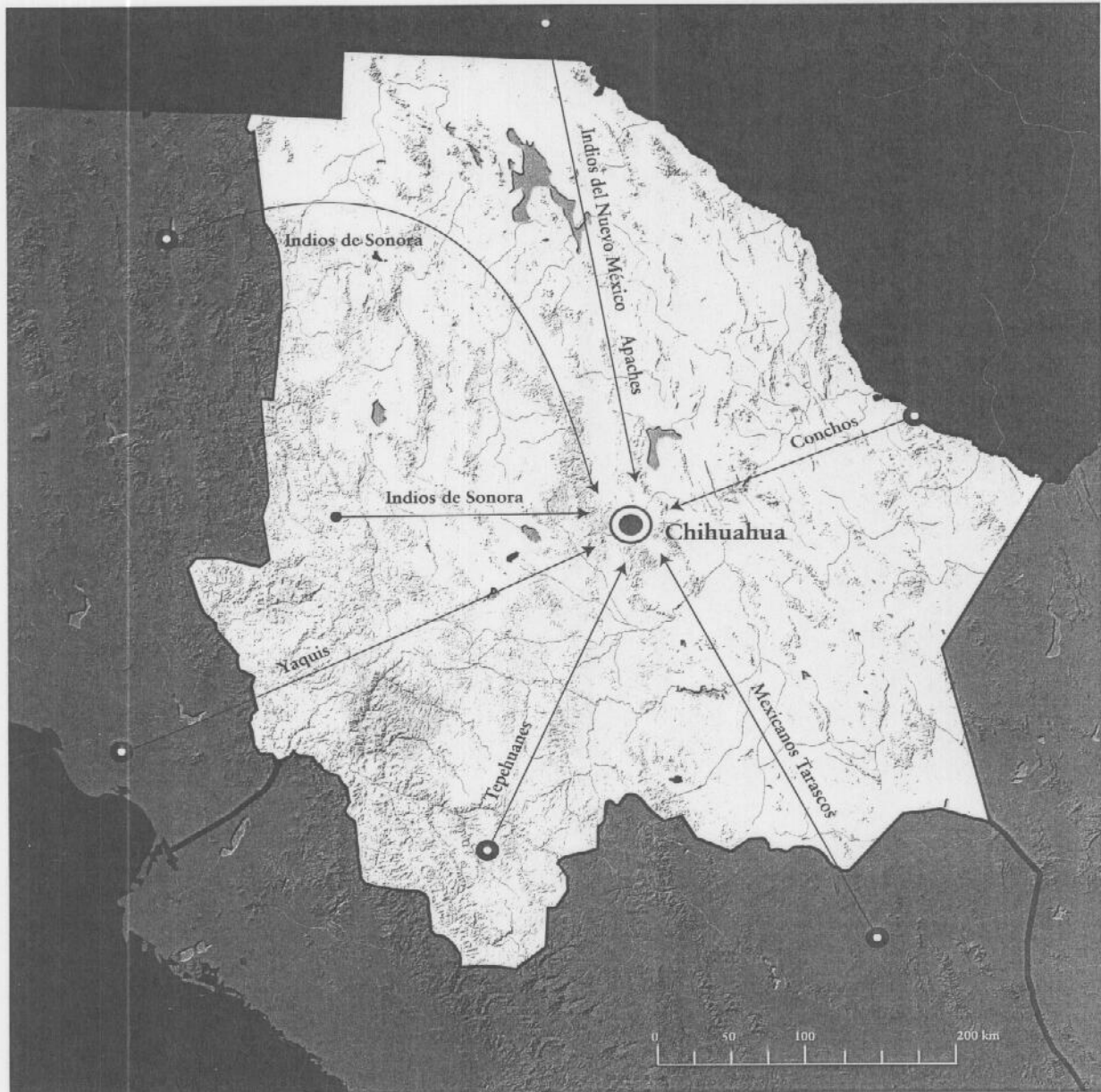


En los años veinte del siglo XVIII la villa alcanzó su máxima expansión. Contaba entonces con 9 000 habitantes, aunque la mayoría estaban dispersos en humildes casitas o en las haciendas a lo largo de los ríos (Chuviscar y Sacramento) y arroyos (la Manteca y la Canoa).

No todos radicaban dentro del perímetro urbanizado de San Felipe.



## ORIGEN DE LOS INDIOS ASENTADOS EN CHIHUAHUA



A la villa de Chihuahua concurrían indios del centro y del norte de la Nueva España, pero los más numerosos eran los yaquis en la primera mitad del siglo, y los apaches y los tarahumaras después.



## EL ABASTO EN ALIMENTOS DE LA VILLA DE SAN FELIPE EL REAL DE CHIHUAHUA

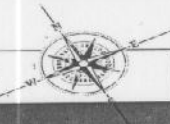
Una versión acerca de la fundación de Santa Eulalia habla de que habrían sido dos indígenas de la misión de Nombre de Dios los descubridores, en 1702, de la veta fundadora de ese real. Es una historia difícil de documentar, pero lo que sí puede resultar verosímil es la existencia en ese tiempo de indios de misión que fueran a la vez expertos cateadores y barreteros. El repartimiento y la conversión de antiguos indios de misión en operarios de haciendas agrícolas y mineras eran en ese tiempo fenómenos ya viejos en la Nueva Vizcaya. Nada tuvo de extraño entonces que personajes como los Apresa, Pérez de Rivera, Trasviña y demás hacendados que

se asentaron en Chihuahua desde finales del siglo XVII, llegaran con gente de servicio en la que se incluía a indios conchos y tarahumaras avezados en menesteres agrícolas y mineros. De hecho, esos mismos hacendados fueron los que promovieron la puesta en marcha de un sistema de repartimiento para Chihuahua, similar al de Parral. Así, en 1723, el gobernador López de Carvajal dictó ordenanzas que disponían que Chihuahua recibiera, permanentemente y por tandas anuales, indios de repartimiento de los pueblos de Babonoyaba, Satevó, Santa Isabel, Coyachi, Temeichi, Napavechi, Sainápuchi, San Gerónimo, Julimes y Chuviscar, con sus respectivos pueblos de visita.

Para mediados de la década de 1720 se habían ya denunciado más de trescientas minas en Chihuahua, y para entonces once de ellas eran ya explotaciones profundas, con tiros e instalaciones. Esta rápida transformación de lo que había sido una región de haciendas agrícolas de frontera en un pujante distrito minero, no hubiera sido posible sin el aporte fundamental de mano de obra que significaron las misiones y su participación en el sistema de repartimiento. Sin embargo, no solo era gente lo que llegaba de los pueblos de indios. Puede calcularse también que para 1733, por ejemplo, más de la mitad del maíz consumido en Chihuahua provenía



Salvador Álvarez



de esos mismos pueblos de indios de tarahumaras y conchos. En cambio, en lo que respecta al trigo, las haciendas fundadoras eran las que predominaban: un tercio de ese grano provenía directamente de ellas. Si vemos que muchos de esos hacendados venían del Valle de San Bartolomé y que poseían haciendas en las regiones del río Conchos y Cusihuirachi, resulta ser que estos mismos hacendados eran los que abastecían más del 90% del trigo consumido localmente.

La harina y el pan estaban entre los productos por los cuales cualquier minero intercambiaría la primera plata que obtuviera. Algo similar sucedía con el *obligado* de la carne: privilegio reservado

para grandes hacendados, capaces de llevar reses en número suficiente y, en fechas precisas hasta los terrenos inmediatos a la villa, para organizar allí su malanza y venta directa para el consumo. No por nada la primera en obtener ese privilegio fue María de Apresa Ibarra, quien en 1713 tuvo que pelear ese lucrativo negocio con Fernando Colomo, para perderlo seis años después en reñida subasta frente a Diego de Olguín, hacendado de San Bartolomé.

Pensar en quién controlaba estos productos, en apariencia simples, da también idea de lo que pudo ser el poder de los grandes hacendados fundadores en esa joven sociedad. Si poseían las tierras,

con todo y sus minas, si recibían a los indios de repartimiento y "daban de comer" a la mayoría de los habitantes de la región, nada de raro es que fueran ellos también los que dominaran el comercio al menudeo de esos bienes de consumo diario. Entre eso y el dominio del gran comercio que ligaba a Chihuahua con el exterior, no había sino un paso. María de Apresa Ibarra fungía también como comerciante a través de Vidal Alonso Montaña, hombre de sus confianzas y encargado, por cierto, de la testamentaria de su padre; este personaje era, hacia 1720, uno de los más importantes mercaderes e importador de toda clase de bienes en la villa de San Felipe.

## LA DECADENCIA (1750-1800)

Las cosas se agravaron aún más durante la segunda mitad del siglo XVIII. De 15 000 habitantes en los años sesenta (5 000 en la villa), la población de la región se redujo a la mitad a finales de la centuria, y el vecindario de San Felipe a menos de 4 000 individuos en los años ochenta, para

repuntar un poco después al entrar el siglo XIX, pero Chihuahua no volvió a tener la cantidad de moradores de la primera mitad del siglo XVIII sino hasta el porfiriato.

### CRISIS DE SUBSISTENCIA

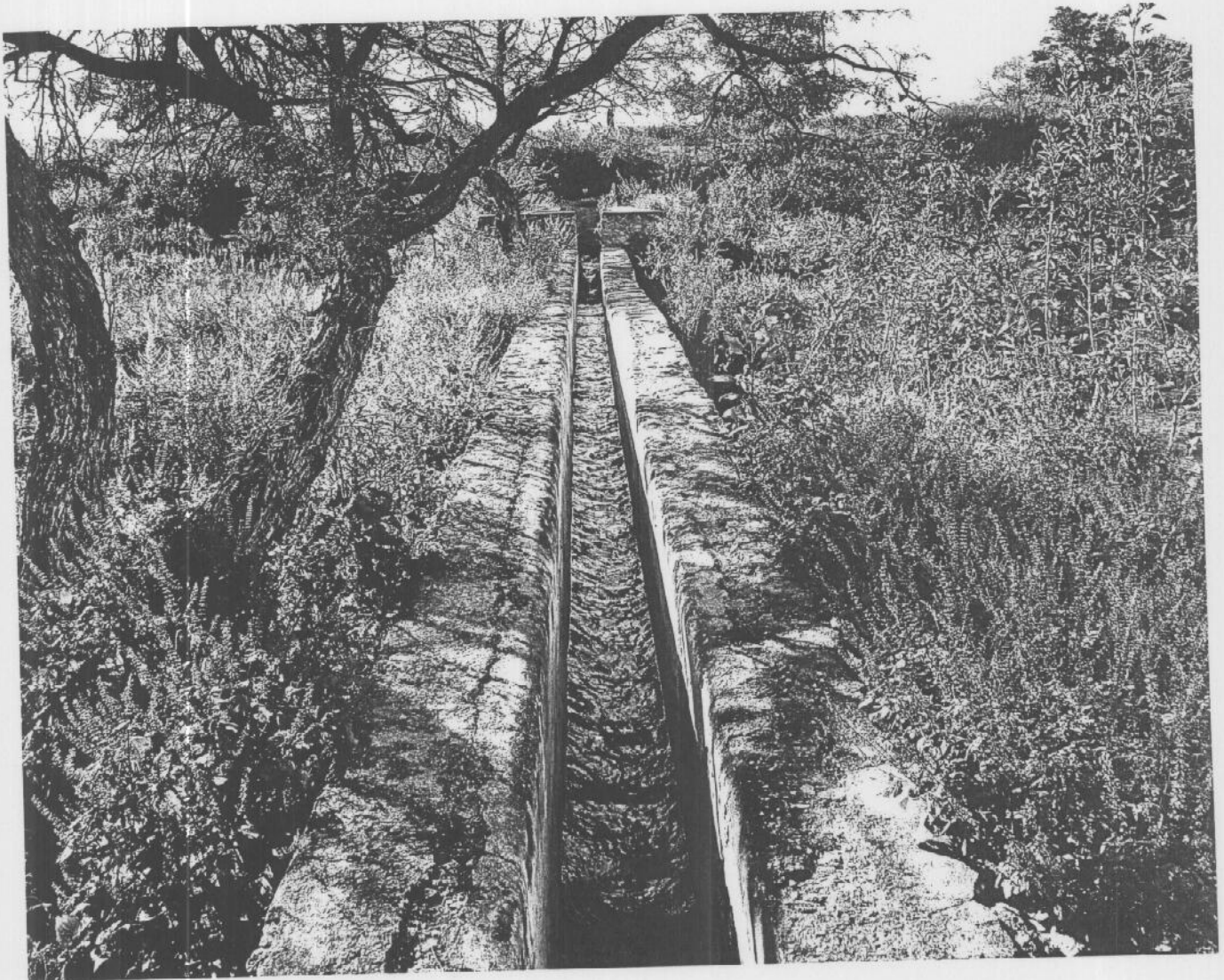
Durante la segunda mitad del siglo XVIII la villa de San Felipe vio peligrar su subsistencia debido a las epidemias, las sequías y las hambrunas.

En 1761, como ya se mencionó, el gobernador pasó a residir a Durango debido a la prosperidad que significó para esa ciudad el descubrimiento

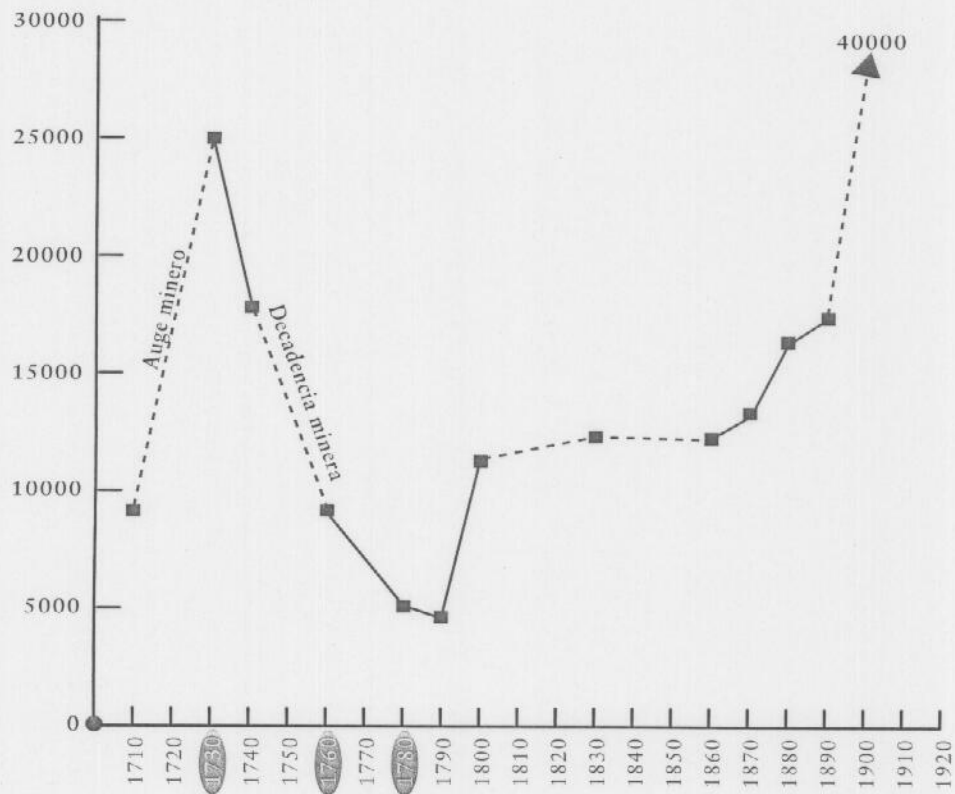
de los minerales de la sierra más cercana, alrededor de San Dimas, Guarisamey y Tayoltita. Además, la viruela, para la que no se tenía ningún método preventivo antes de la propagación de la vacuna a principios del siglo XIX, volvió a hacer su aparición a mediados de la centuria, provocando mayores estragos en 1764 (junto con el tifo) y 1780. La población



disminuyó cuando menos en una quinta parte por causa de la viruela de 1764, que fue una pandemia continental. Durante esas crisis demográficas, los operarios y los sirvientes de las haciendas se morían en mayor cantidad que los españoles, quizá en razón del hacinamiento que propiciaba el contagio o de sus peores condiciones de vida en general. Los operarios escaseaban también en las estancias agrícolas y era común que a las crisis demográficas se sumara la escasez de granos. Al morir buena parte de la servidumbre, no se sembraba ni se levantaban las cosechas a tiempo. Hay que añadir que las epidemias afectaban por igual a los pueblos gentiles, de modo que el rescate de grano entre ellos que impulsaban los colonizadores cuando amenazaba una crisis de subsistencia, resultaba violento y difícil. Fue lo que sucedió en 1739, cuando después de la grave epidemia de matlazáhuatl, más de la mitad del grano para abastecer a la villa de San Felipe provino de los pueblos de indios, mientras que en tiempos normales el maíz y el trigo recolectados entre los indios representaban alrededor de la cuarta parte del total, lo demás se cosechaba en las haciendas de la jurisdicción.



## LA POBLACIÓN DE LA JURISDICCIÓN DE CHIHUAHUA (1718-1918)

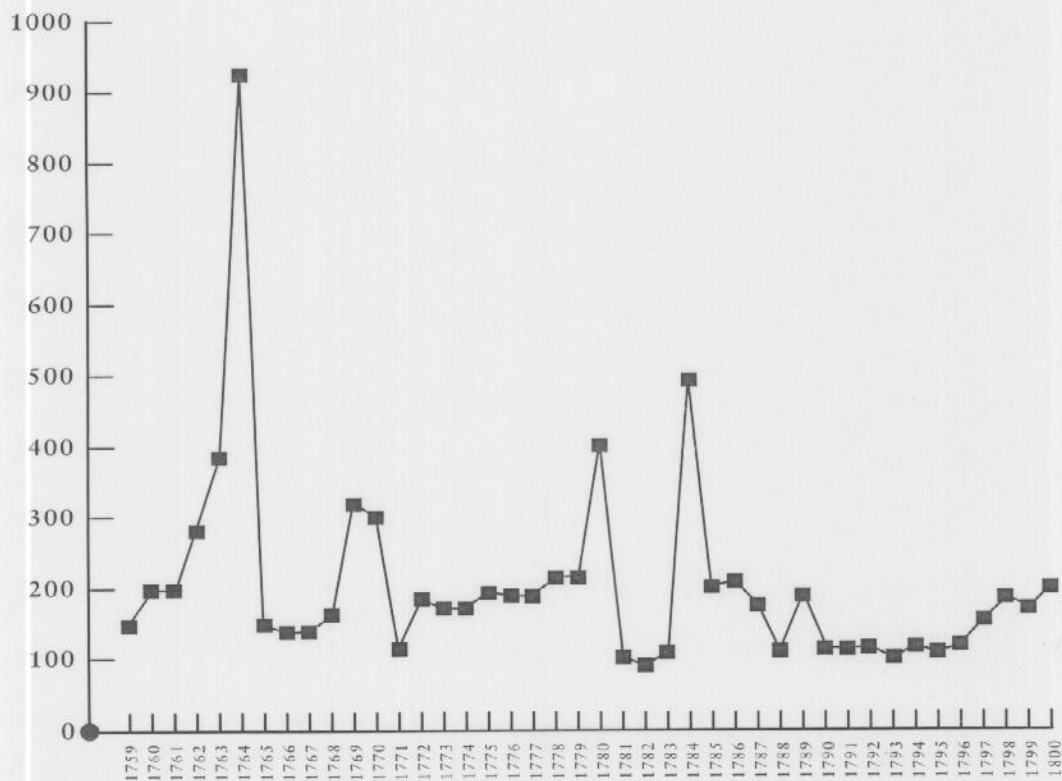


La jurisdicción de San Felipe El Real de Chihuahua contaba con 25 000 habitantes en los años treinta del siglo XVIII, pero a partir de los años cuarenta el marcado descenso demográfico que se prolonga durante el resto de la centuria fue causado por el agotamiento de los yacimientos superficiales de plata, que llevó a muchos vecinos a probar mejor suerte en los minerales de la sierra. Al declive minero se sumaron repetidas epidemias de tifo y viruela particularmente mortíferas. A finales del siglo XVIII la jurisdicción tenía menos de 5 000 habitantes.

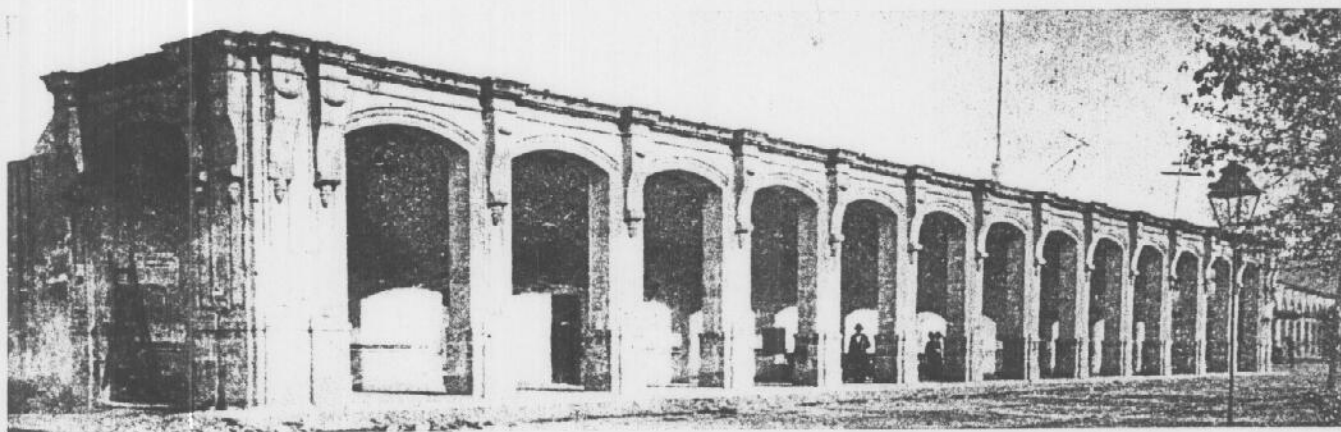


ALAMEDA DE CHIHUAHUA. SINAFO-INAH.

## CURVA DE MORTALIDAD DE LA CIUDAD DE CHIHUAHUA



En esta curva, elaborada con base en las partidas de entierros de la parroquia (en la que no se registran las muertes de los indios locales que administraban los franciscanos), se observa el fuerte impacto que tuvieron en el siglo XVIII las epidemias de sarampión (1728), de tifo (1739), de tifo y viruela (1764), y de viruela (1780). Cuando menos la quinta parte de la población desapareció por causa de la epidemia de 1764, y la alta natalidad no logró compensar los estragos de las epidemias en la segunda mitad de la centuria.



ARCADAS DEL PALACIO MUNICIPAL. AHIMICH.

La Iglesia trataba de paliar un poco las catástrofes que desencadenaban las epidemias vendiendo a veces el grano del diezmo a precios más módicos que en la alhóndiga, con el fin de evitar hambrunas, mientras que las autoridades daban a los enfermos alimentos y frazadas (cobijas) para que se protegieran del frío durante la estación invernal, con la esperanza

de detener el contagio. Se trataba también de que no hubiera malos olores, pues se pensaba que las enfermedades se transportaban por el aire; se prohibían por ese mismo motivo las misas de cuerpo presente y se mandaba enterrar de inmediato a los muertos. También, las autoridades de la villa multaban a los comerciantes que vendían alimentos descompuestos, a los que se atribuía igualmente el origen de los quebrantos de la salud. Se prohibía la venta de alcohol

y de frutas verdes y se aconsejaba llevar una vida ordenada siguiendo los consejos de los médicos de aquel entonces, que creían, al igual que la mayor parte de los habitantes de la Nueva España, que las epidemias eran enviadas por la divinidad para castigar a los hombres debido a su mala conducta. Los rezos, las plegarias a los santos y las procesiones eran desde luego de rigor, pero sabemos ahora que, al concentrarse, la feligresía no hacía más que favorecer la propagación de las epidemias.

Los tarahumaras y los conchos habían trabajado en las minas desde la fundación de los reales de Santa Eulalia y San Francisco. Tras la expulsión de los jesuitas en 1767, varias de las misiones de la sierra habían pasado a manos de los franciscanos, que ya estaban a cargo de los indios de la llanura, mientras que el resto de los poblados fue administrado desde entonces por el clero secular.

### LA ALHÓNDIGA, LAS CASAS CAPITULARES Y LAS DEL CABILDO

Los grandes asentamientos de la Nueva Vizcaya, como Parral y Chihuahua, tuvieron una alhóndiga, cuya función era asegurar el abasto del vecindario en granos básicos (maíz, trigo, frijol) y garantizar su precio. La alhóndiga de San Felipe El Real de Chihuahua se construyó en 1732. Junto con las casas capitulares y las del cabildo, ocupaba todo un lado de la plaza, frente a la iglesia parroquial. La lista adjunta, firmada por José María Campos, proviene del Archivo General de la Nación.

Nota de las piezas que contienen las casas de la Real Alhóndiga de Chihuahua, la del Ayuntamiento y la de la esquina, según el mapa del frente.

#### Casa de la alhóndiga

tiene de frente... 62 varás  
Idem la dicha de fondo. 45 varas y media

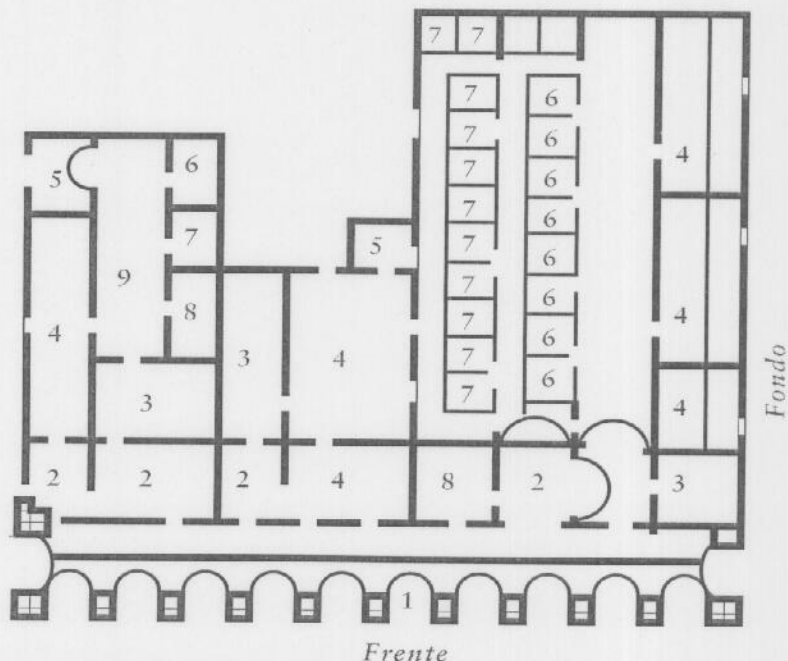
1. Portales
2. Pieza de expendio del maíz
3. Pieza de pescs y medidas
4. Galería del maíz con 3 trojes
5. Cañón donde se rezaga maíz
6. Tercera galera para harinas
7. Cuarta galera para idem y para frijol
8. Cuarto de oficina de fiel y de caudales

#### Casas capitulares del Ayuntamiento

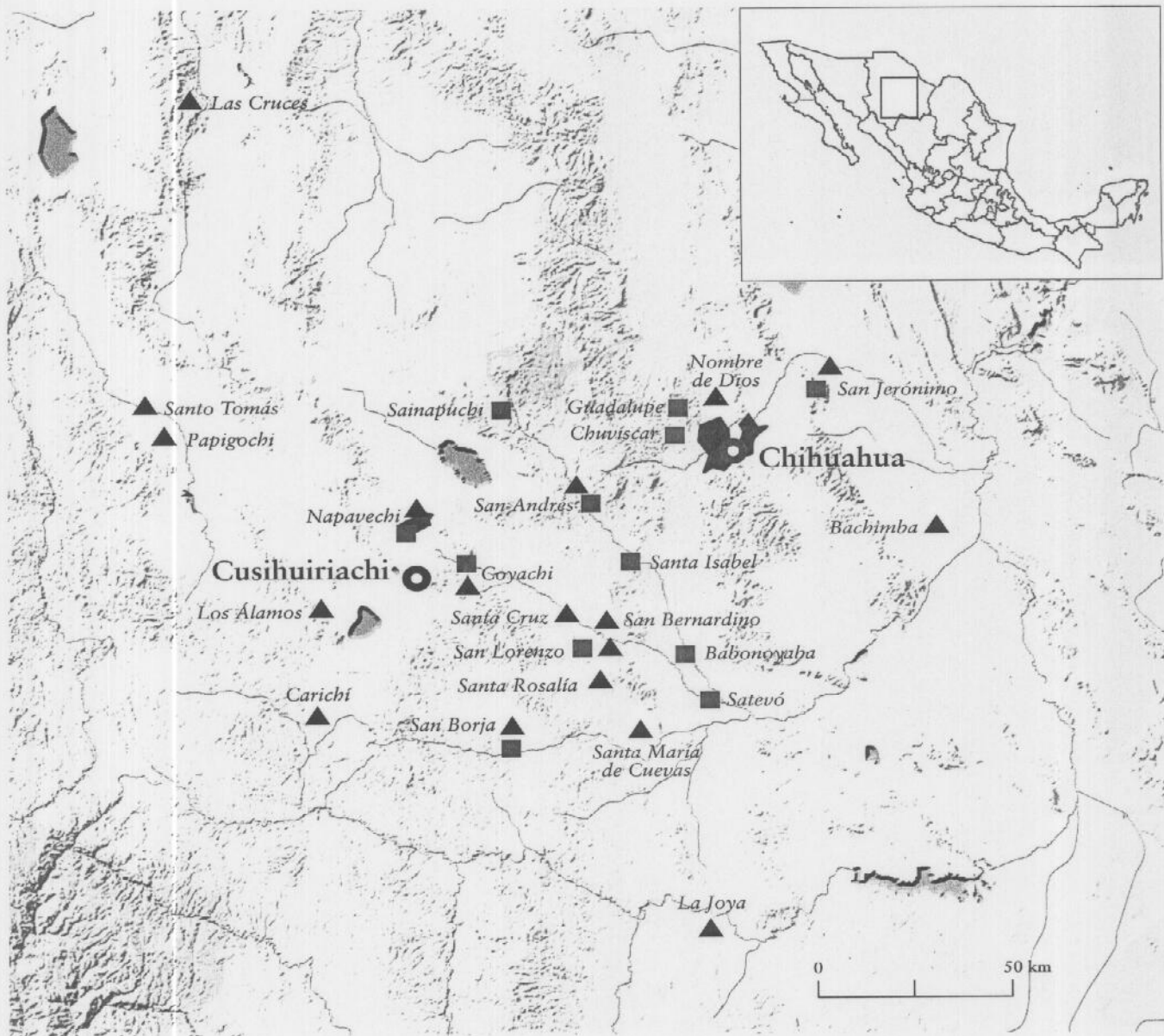
1. Pieza donde asiste el portero y alguaciles
2. Pieza del escribano y Archivos de Instrumentos
3. Sala capitular del Ayuntamiento y su Archivo
4. Patio
5. Lugar común

#### Casa esquina correspondiente al cabildo

1. Pieza de tienda
2. Trastienda
3. Bodega
4. Sala
5. Zaguán
6. Cocina
7. Cuarto de cocina
8. Dispensa
9. Patio

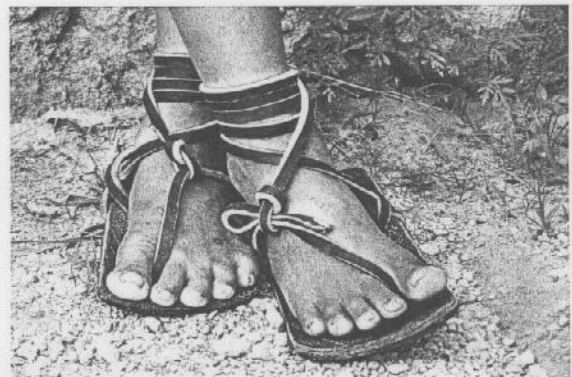


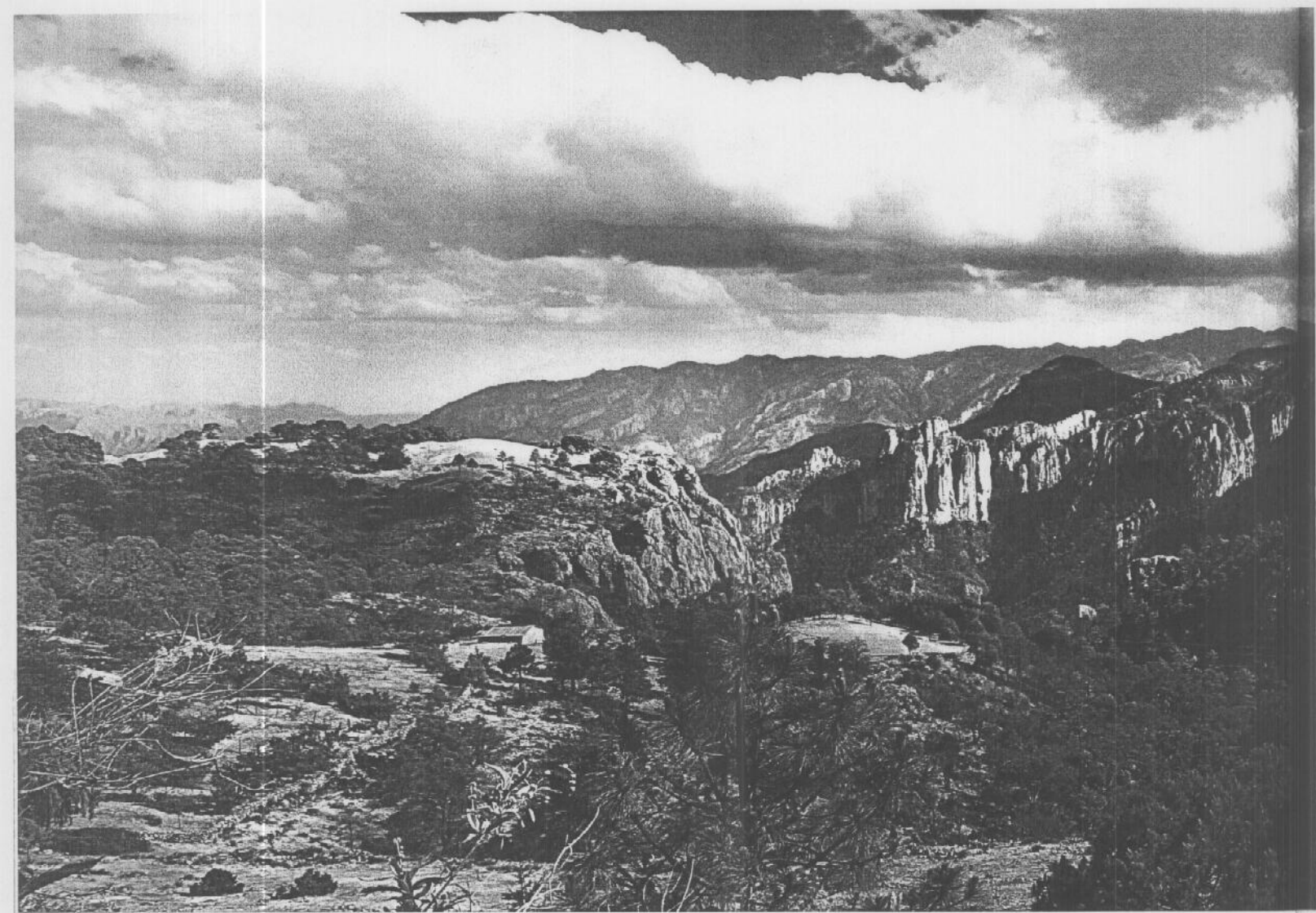
## MAPA DE LOS REPARTIMIENTOS



- ▲ Origen de los indios de repartimiento hacia Cusihuiriachi
- Origen de los indios de repartimiento hacia Chihuahua

Todos los indios del Nuevo Mundo sometidos a la corona española tenían que tributar al rey. En la Nueva Vizcaya ese tributo se daba en la forma de trabajo forzado en las haciendas de los españoles. El gobernador expedía mandamientos en los que se especificaba la cantidad de trabajadores que debía enviar cada misión de indios. En el siglo XVIII las haciendas de Chihuahua concentraron a la mayor cantidad de trabajadores forzados.



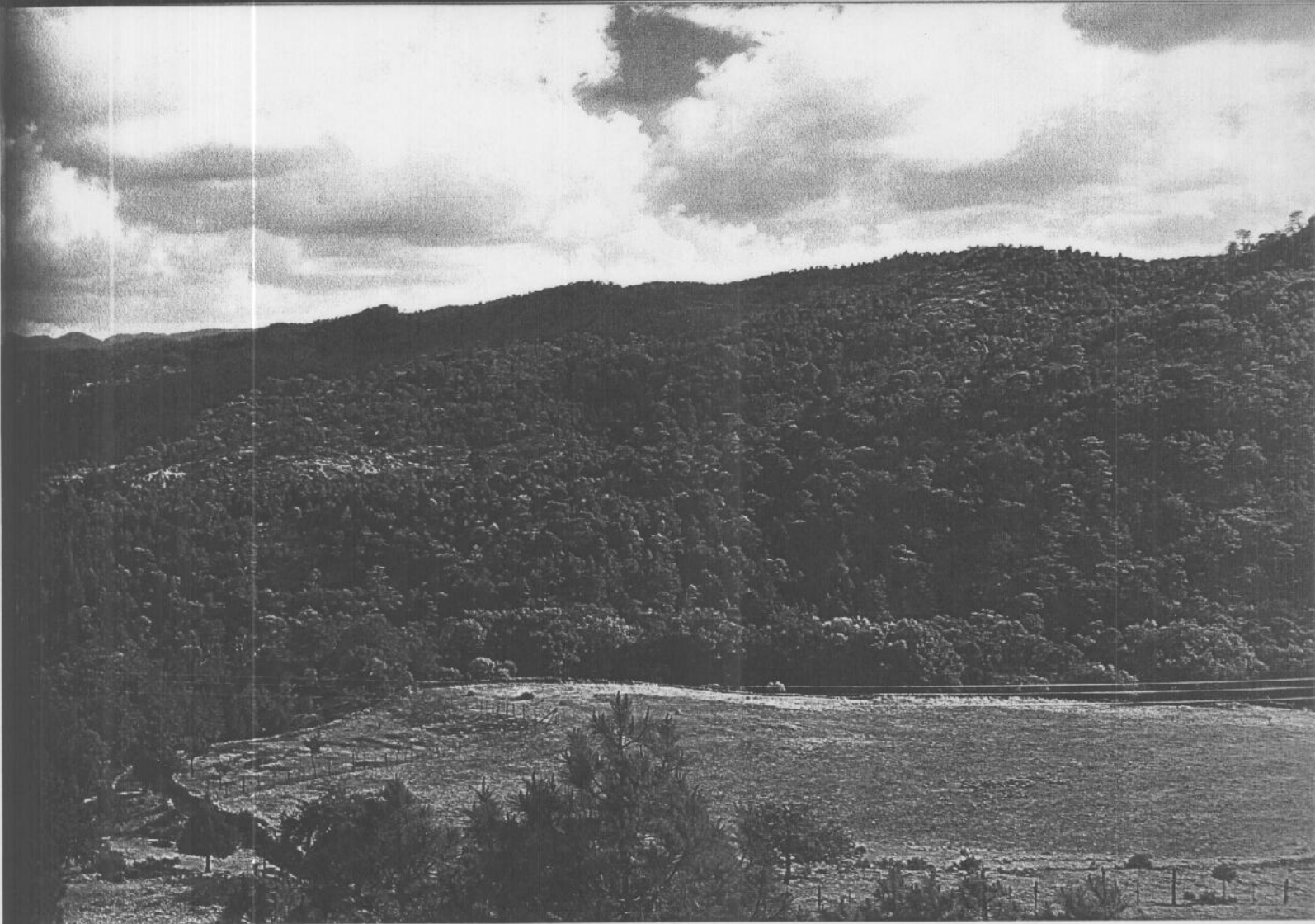


## LA DESTRUCCIÓN DE LOS BOSQUES Y LA CONTAMINACIÓN DEL AIRE Y DEL AGUA

En 1730, Juan Pérez de Bustillos produjo en su hacienda de beneficio de Dolores 4 873 marcos de plata, con valor de 39 593.125 pesos y un peso equivalente a 1 120.79 kg. Según las cuentas del minero, había empleado en el proceso un poco más de 170 toneladas de leña y 120 toneladas de carbón vegetal, además de 10 quintales (461 kg) de mercurio. Se calcula que, en condiciones óptimas, un kilogramo de madera seca puede producir entre 250 y 300 gramos de carbón, lo que significa que para obtener esa tonelada de plata se debieron consumir, cuando menos, 500 toneladas de madera. Aunque tosco, este cálculo puede ayudarnos a imaginar un

poco las repercusiones que una actividad como la minería pudo acarrear sobre una geografía como la de Chihuahua. Al igual que Zacatecas y que Parral en sus tiempos, Chihuahua fue fundada en una región cuyo entorno aparecía incomparablemente más arbolado que lo que hoy podemos ver. Sin embargo, como en aquellos casos también, el ciclo de la "abundancia energética", representada en este caso por la madera, fue sumamente corto. Ya en 1753, por ejemplo, los miembros de la Diputación de Minas local se quejaban de que, a diferencia de lo que había ocurrido en el pasado cercano, los mineros de Santa Eulalia debían recorrer más de 10 leguas para encontrar leña y carbón.

Pero la creciente escasez de madera no era sino una parte de los problemas que aquejaban por entonces al gremio minero local. Al igual que había ocurrido en Zacatecas, en Parral y en muchos otros centros mineros de su tipo, la bonanza de metales de alta ley concluyó también para Chihuahua al término de un par de décadas de explotación intensiva. Ya desde los primeros años de la década de 1740 las leyes de los metales habían descendido vertiginosamente, y a diferencia de los metales ricos y altamente oxidados de los primeros tiempos, los mineros sacaban ahora metales pobres y duros, poco aptos para el beneficio por fundición, y aun con el procedimiento de patio necesitaban



Salvador Álvarez



largos procesos, grandes cantidades de mercurio, carbón, leña, sal y demás insumos para su refinado, haciéndose muchas veces incosteables. Para entonces, las 500 toneladas de madera que Bustillos había debido consumir en 1730 para obtener su tonelada de plata de tiempos de bonanza, se habían convertido en el doble o incluso en mucho más, y eso significaba a su vez que, en Chihuahua, la cantidad de trabajo necesaria para mantener a la minería en marcha iría en rápido aumento, al tiempo que crecería también su efecto negativo sobre el medio ambiente local.

La minería siempre fue una actividad sucia y sumamente agresiva para quienes estuvieran en contacto con ella, y eso

en Chihuahua lo habían sabido desde un principio. Ya para el tiempo de la fundación misma de la villa de San Felipe, las aguas del río Chuviscar se hallaban enteramente contaminadas por el mercurio y demás desechos de la hacienda de Traviña y Retes, lo que obligaba a sus habitantes a acarrear agua para beber desde muy lejos de esa ribera. Este hecho, sumado al gran número de hornos y patios de beneficio que se habían instalado en los alrededores, provocó años enteros de protestas por parte de los habitantes de la villa en contra de la contaminación de sus aires y sus aguas, pero sin resultado; mientras eso les fue posible, los mineros siguieron refinando allí sus metales. No

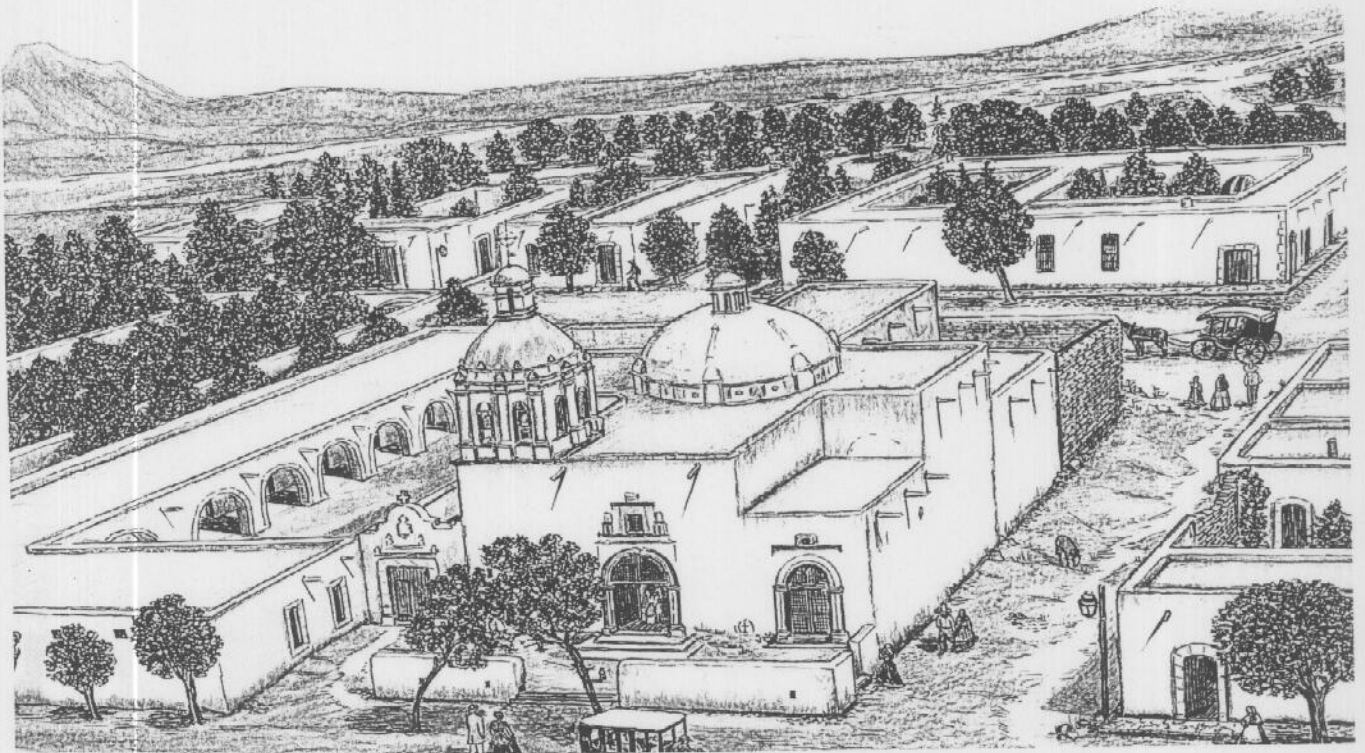
obstante, lo que comenzaba a suceder en Chihuahua a partir de 1740 era ya de otra naturaleza. La bonanza inicial de la cual gozaron todos los grandes distritos mineros en su juventud, había terminado. En adelante, la minería en Chihuahua quedaba condenada a crecer solamente al precio de esfuerzos cada día mayores y a expensas de algún providencial hallazgo que alimentara ilusiones y enriqueciera a un par de mineros afortunados, pero sin compensar nunca los costos sociales y medioambientales que entrañarían la devastación de bosques cada día más lejanos y la extracción y beneficio de metales cada vez más profundos y duros.



A pesar de que los repartimientos de indios fueron prohibidos oficialmente en 1777, todos los pueblos de la sierra siguieron tributando a las haciendas de Chihuahua bajo la forma de trabajo forzado. En la segunda mitad del siglo XVIII los tarahumaras provenientes de pueblos cada vez más lejanos tuvieron también que tributar en trabajo. Mientras tanto, las misiones más cercanas a Chihuahua: San Antonio de Chuvíscar, San Cristóbal de Nombre de Dios y San Juan del Norte, se fueron despoblando inexorablemente, y sus habitantes se incorporaron a las haciendas o huyeron.

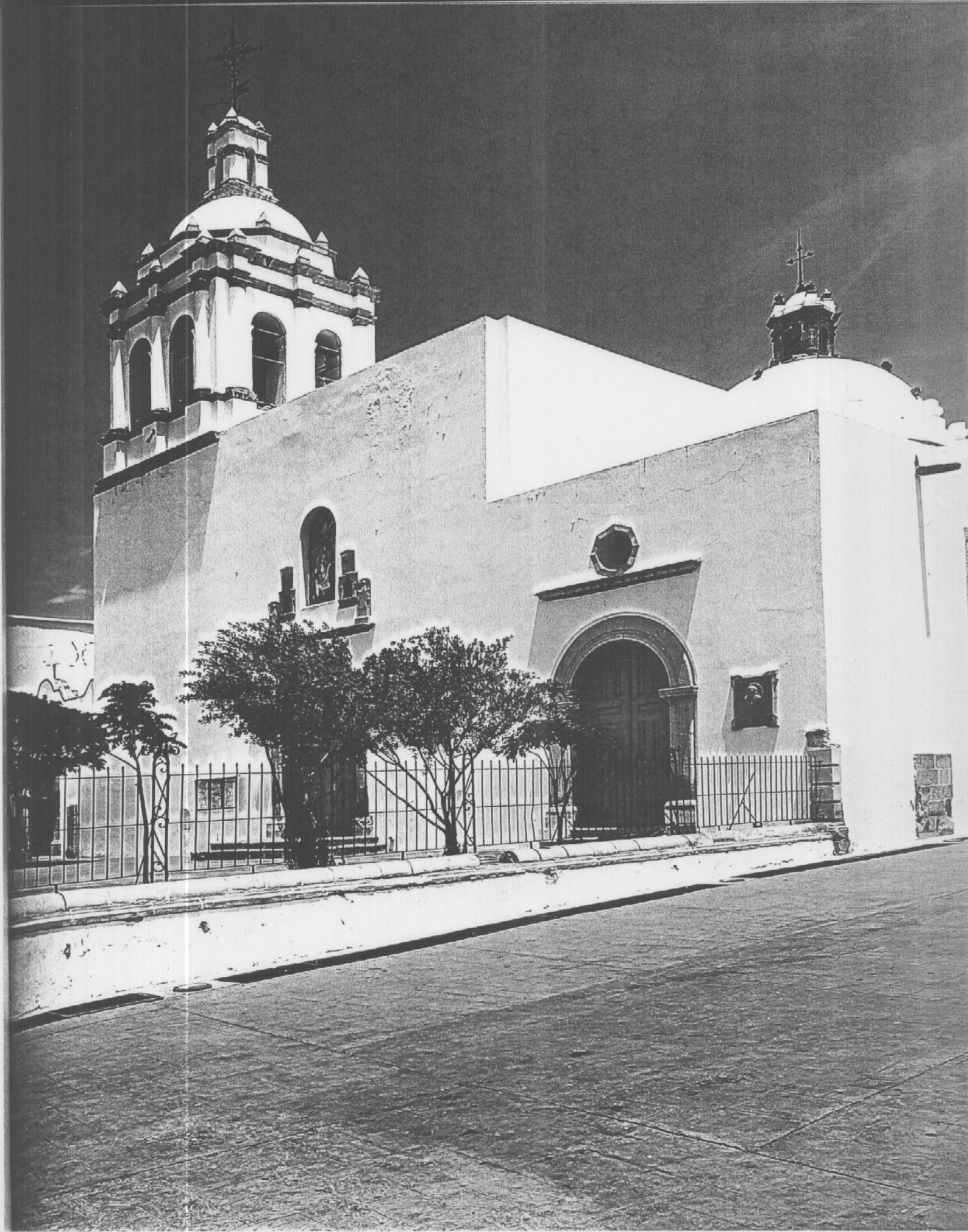
#### SAN IGNACIO DE LOYOLA

La construcción del colegio jesuita dedicado a Nuestra Señora de Loreto se inició al mediar el siglo XVIII, pero nunca fue concluida porque la orden ignaciana fue expulsada de los dominios del rey de España en 1767. El edificio sirvió después de cuartel y de hospital. Allí ejercía, a finales de la centuria, el único cirujano de la villa.

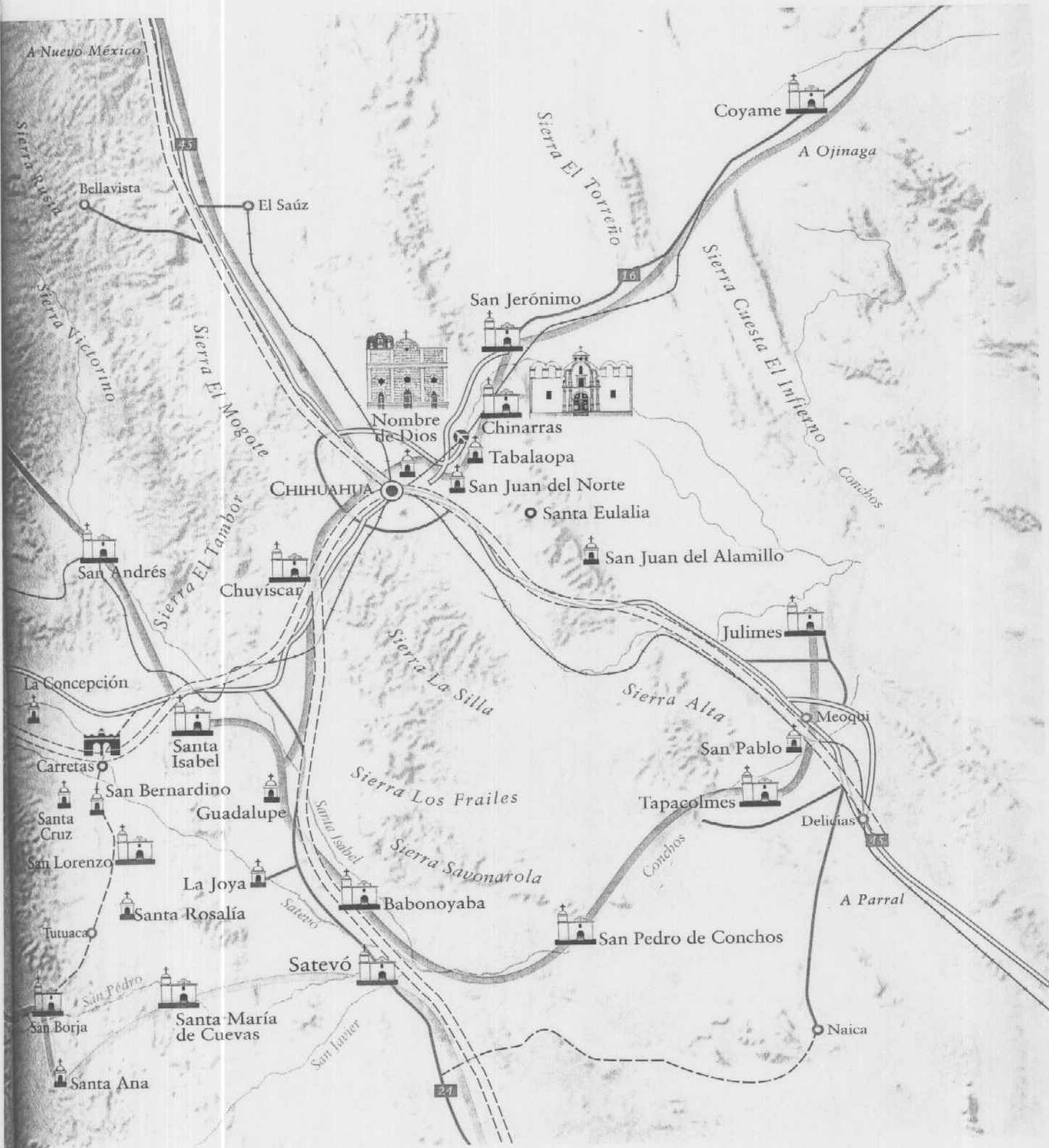


#### TEMPLO DE SAN FRANCISCO

Los franciscanos administraban la misión de Nombre de Dios desde finales del siglo XVII. El templo de San Francisco correspondió originalmente a la capilla de la Tercera Orden, la cual comenzó a construirse en 1715. Una segunda iglesia, que dio origen a la actual, contigua al hospital iniciado en 1736, fue terminada en 1741.







Cuando los españoles ya no tuvieron la fuerza militar suficiente para reducir a la esclavitud a los gentiles apaches del Nuevo México y cuando los yaquis de Sonora se fueron a laborar a los reales de la vertiente occidental de la Sierra Madre, fueron sustituidos por tarahumaras. Al cundir en 1785 una epidemia entre los tarahumaras de repartimiento acuartelados en Chihuahua y entre los operarios del obraje de Encinillas, aparecen

los nombres de los pueblos de donde eran originarios: toda la sierra participaba de la buena marcha de las haciendas de San Felipe El Real.

A finales del siglo XVIII los indios eran mayoría en la villa de San Felipe, de hecho, el vecindario se encontraba ya muy mezclado. Después de dos o tres generaciones resultaba difícil distinguir a los españoles de los mulatos, de los mestizos y de los indios.

Los negros esclavos traídos de África habían dejado de llegar en la segunda mitad del siglo XVII, en la villa eran ya pocos y solían pertenecer a la gente pudiente por su alto costo y por el prestigio que significaba contar con domésticos de esa condición, pero sus descendientes, nacidos de madre esclava, casi todos mulatos, seguían en cautiverio. El color de los mulatos no era muy distinto del de los indios y del de muchos mestizos. Varios de ellos ya no tenían los labios gruesos ni el cabello crespo.

#### PINTURAS DE CASTAS: COYOTE, LOBO

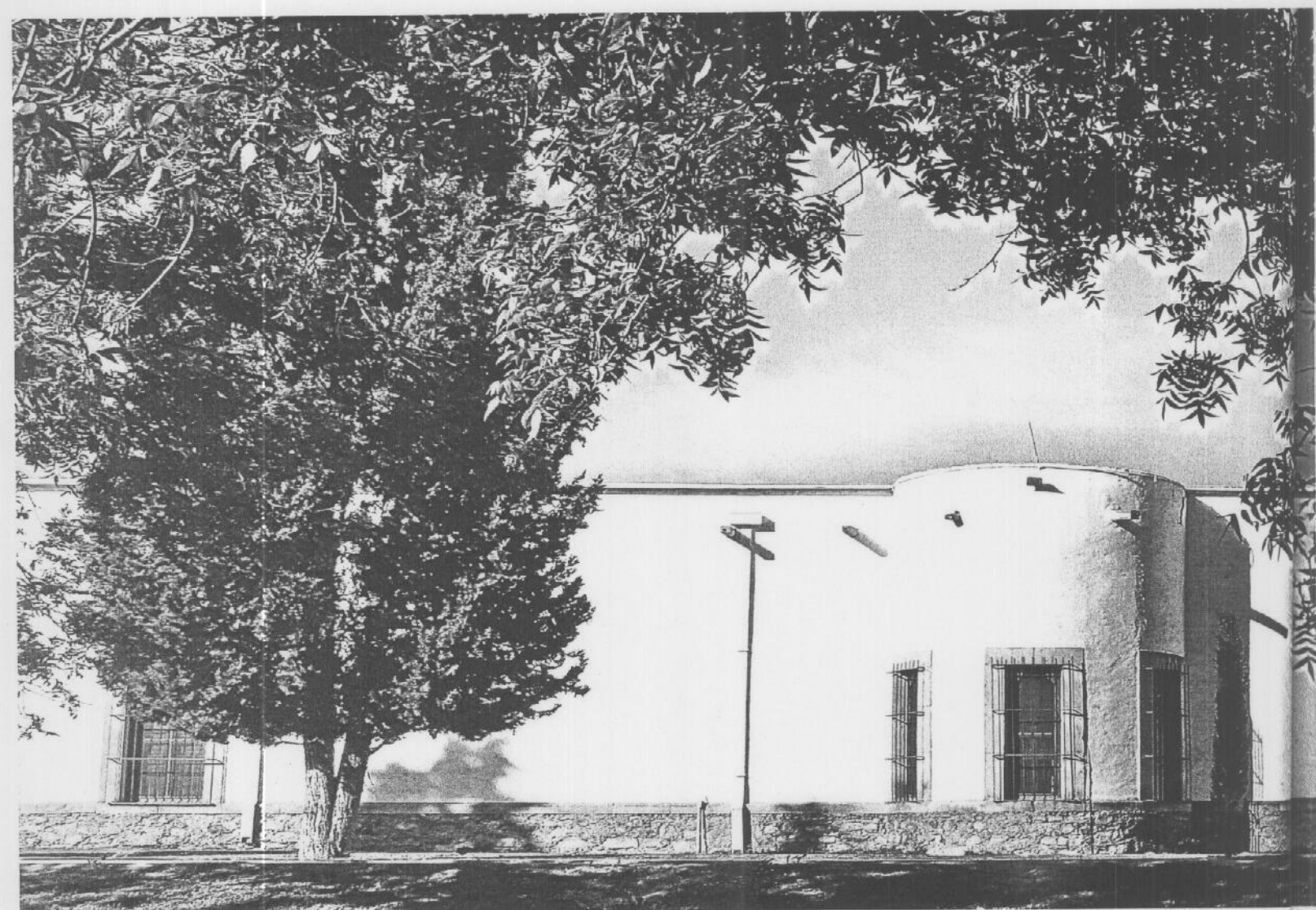
Estos cuadros son parte de una serie de "pinturas de castas" elaboradas en los años ochenta del siglo XVIII por un pintor desconocido. En esas pinturas, hechas principalmente para el público europeo, se intenta clasificar a los habitantes del Nuevo Mundo en función de las mezclas de sangre. Buena parte de esas clasificaciones no estuvieron nunca en uso en América. Sin embargo, el término "coyote" se encuentra algunas veces y se refiere a los hijos de mestizos con indias, así como el de "lobo" (negro con india). Las categorías más usuales eran las de mulato y mestizo.



#### PINTURA DE CASTA, MULATO

Este cuadro representa a un mulato, hijo de un español con una negra. El niño va vestido a la española, tiene el pelo claro pero rizado y el color de su tez es semejante al de muchos indios. Se llegó a decir que Chihuahua era un asentamiento mulato, pero en realidad los descendientes de africanos representaban menos de 10% del total de los habitantes de la villa. El cuadro fue elaborado por Luis Berruete a mediados del siglo XVIII y publicado en *New World Orders. Casta Painting and Colonial Latin America*, Ilona Katzew (ed.), Nueva York, Americas Society Art Gallery, 1996, núm. 8.





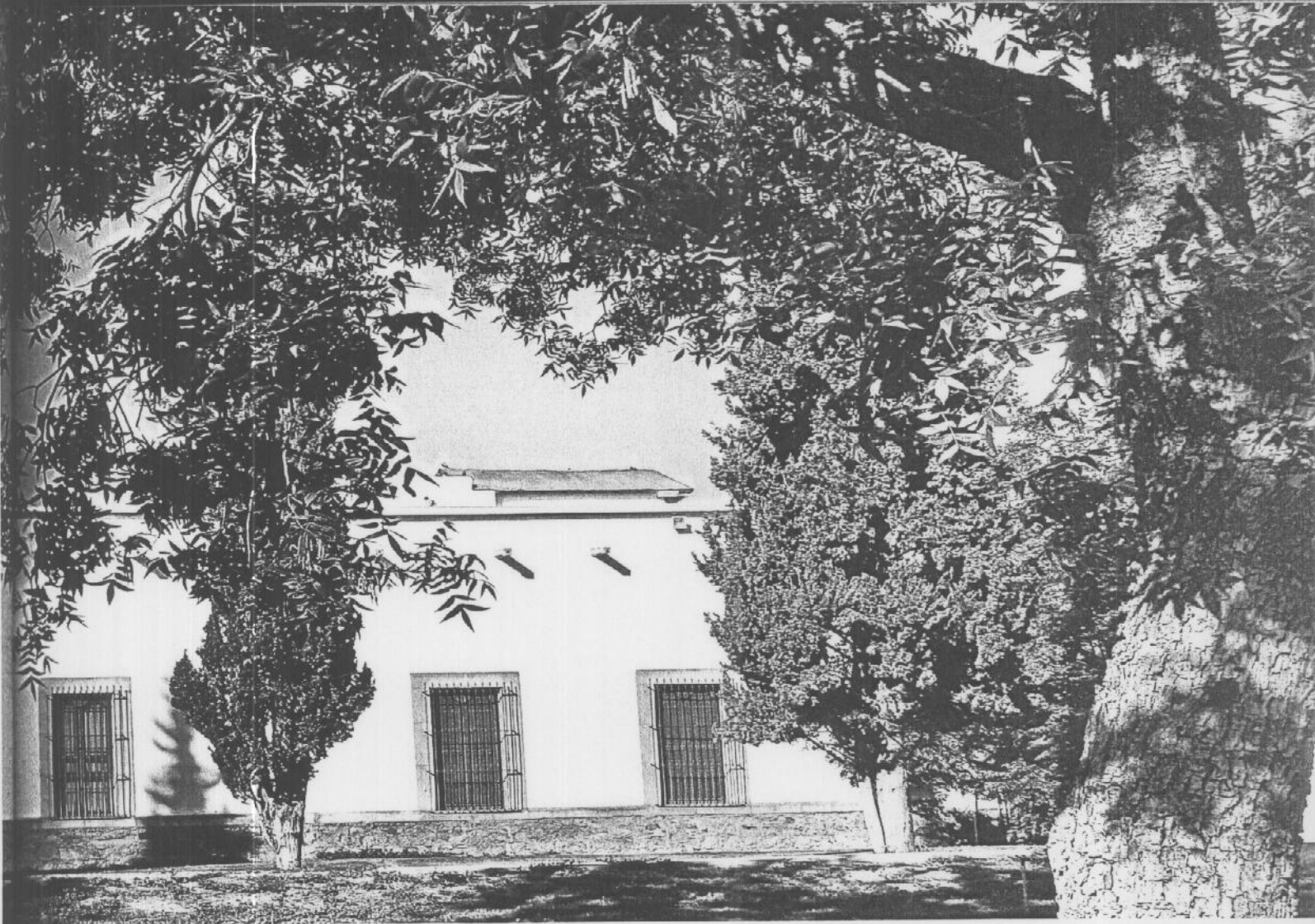
## LOS EJIDOS DE LA VILLA DE SAN FELIPE EL REAL DE CHIHUAHUA

**E**n 1747, a casi tres décadas de haber recibido el título de villa, San Felipe El Real no contaba aún con ejidos. Ya en 1720 los vecinos habían solicitado se les dotara para ese efecto con tres cuartos de legua "por cada viento", aunque infructuosamente, dada la oposición de los poderosos hacendados y mineros locales, los unos temiendo ver afectadas sus tierras, y los otros previniendo se les impidiera explotar minas, bosques o animales al interior de esos linderos. Pero la coyuntura era ya otra. Debido al decaimiento de su actividad, el gremio minero había atemperado su posición y ello abrió la puerta para que el virrey Francisco de Güemes y Horcasitas le adjudicara a

la villa ejido, dehesas y propios por "cinco leguas por cada viento", medidas a partir de la iglesia parroquial. En cambio, con quienes si hubo necesidad de pactar fue con los poderosos hacendados locales, decididos todos a impedir que sus linderos les fueran transgredidos. Los más inflexibles eran los jesuitas, cuyo visitador Gregorio Hernández solicitó que sus haciendas de Tabalaopa, Dolores y Mápula quedaran intactas, por pertenecer al "fondo dotal" del colegio, pero principalmente porque todas esas tierras les habían sido tituladas a sus propietarios originales desde mucho antes de la existencia misma de la villa. Este argumento de precedencia fue el más poderoso de todos y a él se acogieron algunos

hacendados, quienes negociaron que sus haciendas quedasen fuera de la medida. Igualmente, se dispuso tocar lo menos posible las tierras de los pueblos de indios.

Así, buscando por dónde pasar su línea sin transgredir los linderos exentos, los medidores decidieron partir de la iglesia parroquial de San Felipe, directamente hacia el norte. Esto los llevó hasta la ribera del Nombre de Dios, cuyo curso siguieron, continuando después en la misma dirección hasta alcanzar las faldas de la sierra de San Gerónimo, en un punto situado a unos 21 km al norte de la iglesia de San Felipe. Con este recorrido le habían quitado media legua de tierra al pueblo de Nombre de Dios, la cual le sería restituida



Salvador Álvarez

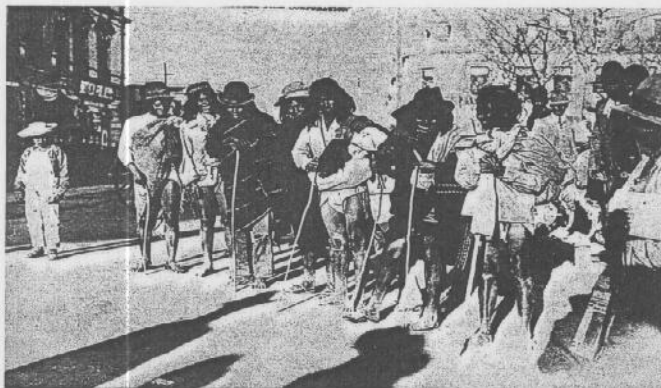


en el lindero opuesto, pero la ventaja era que ninguna hacienda de importancia había sido tocada hasta allí, y en ese tenor continuó toda la medida. Siguieron luego hacia el oriente, llegando hasta el valle del pueblo de San Jerónimo y misión de Santa Ana de Chinarras, en un punto ubicado a un par de kilómetros al sureste de esos asentamientos. Desde allí siguieron hacia el sur, sobre una distancia de otros 20 km, hasta una serranía situada a una legua al norte de Santa Eulalia, muy cerca del mineral llamado "Chihuahua el Viejo". Luego midieron otro tramo de 22 km hacia el sur, hasta las faldas de la Sierra de Mápula, desde donde torcieron hacia el poniente, hasta un punto situado a unos 20 km al sur

de la villa de San Felipe, en cuya parroquia remató finalmente la medida.

Al final, en lugar de un cuadrado con sus aristas situadas a 5 leguas hacia cada punto cardinal de la iglesia de San Felipe, la villa obtuvo, a guisa de ejidos, los terrenos situados al interior de un gran trapezoide de más o menos 42 por 21 km, situado todo él al oriente de su traza. La forma casi rectangular y la ubicación descentrada del lindero permitió a los medidores dejar de lado las haciendas protegidas, si bien fue necesario compensar con tierras tanto a Nombre de Dios como a Chinarras. En cambio, el real entero de Santa Eulalia y sus anexos quedaron dentro de los ejidos de San

Felipe, situación que fue salvada por medio de otorgarles a los mineros de ese real un privilegio, según el cual las autoridades de la villa no interferirían en sus actividades en el futuro, y lo mismo se hizo con otros afectados. De ese modo, la villa de San Felipe logró por fin contar con ejidos propios, asegurándose el abasto de leña cuando menos para el consumo doméstico, e igualmente con ello se pudo prohibir la erección de nuevas haciendas dentro de los canales de la villa, e impedir que se estorbase la conducción de agua hacia la misma. Sin embargo, para ello debió rendir tributo a su pasado y darle su lugar a aquellas haciendas que eran, finalmente, las que le habían dado la existencia.



#### TARAHUMARAS Y APACHES

Civilizar o exterminar, fue la triste disyuntiva. Los tarahumaras fueron objeto de la acción "civilizadora", y los apaches sufrieron la represión armada y la intolerancia. FINAH-CH (ARRIBA) / SINAFO-INAH (ABAJO).

Por su parte, sólo 1% del vecindario español era peninsular (es decir, originario de la península ibérica), aunque la tercera parte del mismo reclamaba pertenecer al grupo español porque pretendía descender de europeos. A finales de siglo se comenzó a llamar "ultramarinos" o "europeos" a los nacidos en España, para diferenciarlos de los demás. Pero como entre ellos había ya personas de tez morena por sus antepasados moros, nadie se sorprendía de que un español se pareciera a una persona de sangre mezclada, también llamada "mixta" o de "color quebrado".

En los padrones, menos de la décima parte de la población radicada en San Felipe era calificada de india, pero en esas listas no figuran los indios de las misiones. A los indios de repartimiento no se les tomaba en cuenta en las listas de vecinos porque se suponía que se encontraban en Chihuahua sólo por una temporada, y poco aparecen en los registros parroquiales porque recibían los sacramentos en sus pueblos de origen. Además, se han perdido los registros del convento franciscano que administraba a los indios de la región aldeaña. En total, es probable que la población india representara, todavía a finales del siglo XVIII, cuando menos la tercera parte de los habitantes de la villa. Los indios locales (conchos y tarahumaras) se habían mezclado con los yaquis, los apaches, los tarascos y los indios "mexicanos" (de habla náhuatl) y otomíes que provenían del centro de la Nueva España. Todos ellos tenían características físicas distintas, sólo se parecían en el color de su piel.

El párroco de la villa que tenía que indicar en las partidas de la iglesia la "calidad" racial de las personas que bautizaba, casaba y enterraba, tenía cada vez más dificultades para distinguir a unos de otros. Y cada vez con mayor frecuencia optaba por eludir la especificación del grupo socio-racial al que pertenecían sus fieles; de hecho, la cuarta parte de las partidas de bautizo carece de ese dato a finales del siglo XVIII.





### SISTEMA DE CASTAS

El mestizaje que tuvo su origen en la época colonial adquirió diferentes características en las distintas entidades del país. En Chihuahua, los grupos indígenas del norte locales (conchos y tarahumaras) se mezclaron con los apaches, los yaquis, los tarascos y los que provenían del centro de la Nueva España. Óleo sobre tela, MNV-INAH.

